

NORA ROBERTS

*Sueños
hechos
realidad*



Nora Roberts

Sueños hechos realidad

ÍNDICE

[Capítulo 1](#) [3](#)

[Capítulo 2](#) [10](#)

[Capítulo 3](#) [16](#)

[Capítulo 4](#) [24](#)

[Capítulo 5](#) [33](#)

[Capítulo 6](#) [40](#)

[Capítulo 7](#) [47](#)

[Capítulo 8](#) [52](#)

[Capítulo 9](#) [58](#)

[Capítulo 10](#) [62](#)

[Capítulo 11](#) [69](#)

[Epílogo](#) [78](#)

[RESEÑA BIBLIOGRÁFICA](#) [82](#)

Capítulo 1

La vio venir. Aunque llevaba unos pantalones vaqueros, una chaqueta y casco, Katch reconoció su feminidad. Tenía una moto Honda pequeña. Él le dio una calada al cigarro y admiró su forma competente de entrar en el aparcamiento del mercado.

Ella aparcó la moto y se bajó. Era alta. Debía de medir un metro setenta centímetros, y era esbelta. Él se apoyó en la máquina de refrescos y siguió mirándola por pura curiosidad. Entonces, ella se quitó el casco. Al instante, su curiosidad se multiplicó. Era una mujer despampanante.

Tenía el pelo suelto y liso, largo casi hasta los hombros, de un color moreno al que el sol arrancaba reflejos dorados y rojizos. Tenía una cara fina, de rasgos marcados. Él había conocido modelos que se mataban de hambre para conseguir los ángulos y las sombras del rostro de aquella mujer. Sin embargo, su boca era carnosa, amplia.

Katch conocía bien las sutilezas del uso de los cosméticos, y sabía que ella no había usado ninguno para añadirle interés a sus rasgos. No los necesitaba. Tenía los ojos de color castaño. Le recordaban a los ojos de un potro, profundos, grandes y alerta. Sus movimientos carecían de afectación; tenían una gracia indefinible, también parecida a la de un purasangre. Era una mujer joven, de unos veinte años. Él dio otra calada a su cigarro. Claramente, aquella mujer era magnífica.

—¡Eh, Megan!

Megan se volvió, apartándose el flequillo de los ojos mientras se movía. Al ver a las gemelas Bailey parar junto a la acera, en su Jeep, sonrió.

—Hola —dijo, y cuando terminó de abrochar el casco con una correa a su moto, se acercó al coche. Les tenía mucho cariño a las gemelas.

Igual que ella, tenían veintitrés años. Eran rubias, de ojos azules y tez clara. El viento las había despeinado por el camino. Ambas miraron más allá de Megan, hacia el hombre que estaba apoyado en la máquina de refrescos. En un acto reflejo, ambas se atusaron la melena y se metieron los mechones detrás de las orejas. Tácitamente, pensaron que su perfil derecho era el mejor.

—Hacía tiempo que no nos veíamos —dijo Teri Bailey, sin apartar la mirada de Katch mientras hablaba con Megan.

—He estado ocupada. Tenía que terminar algunas cosas antes de que comience la temporada —dijo Megan. Su voz era grave y tenía el acento suave de la costa de Carolina del Sur—. ¿Cómo estáis?

—¡Muy bien! —respondió Teri, que estaba sentada tras el volante—. Tenemos la tarde libre. ¿Por qué no te vienes de compras con nosotras? —le preguntó a Megan. Ella también tenía a Katch en su visión periférica.

—Me gustaría... —Megan ya estaba negando con la cabeza mientras hablaba—. Tengo que recoger unas cuantas cosas aquí.

—¿Como por ejemplo, a ese hombre de los espectaculares ojos grises? —preguntó Teri.

—¿Cómo? —preguntó Megan con una carcajada.

—Y hombros —añadió Teri.

—No le ha quitado los ojos de encima, ¿verdad, Teri? —comentó Teri—. Y nosotras que nos gastamos doce cincuenta en esta camiseta —dijo, y tocó con el dedo el tirante fino de la camiseta

rosa que llevaba, igual a la de su hermana.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Megan con desconcierto.

—Detrás de ti —respondió Teri, inclinando ligeramente la cabeza—. Hay un monumento junto a la máquina de refrescos. Es guapísimo —dijo, pero al ver que Megan volvía la cabeza, continuó con un susurro desesperado—: ¡No te des la vuelta, por Dios!

—¿Pero cómo voy a verlo si no me doy la vuelta? —preguntó Megan, razonablemente, mientras se giraba.

Era un hombre rubio, aunque su pelo no era tan claro como el de las gemelas, sino más parecido al color de la arena de la playa. Tenía el cabello espeso y rizado. Era delgado y alto, y llevaba unos pantalones vaqueros desgastados. Tenía una expresión de inteligencia, de relajación, y estaba apoyado en la máquina, bebiendo de una lata. Sin embargo, su semblante no era perezoso, pensó Megan, sino de atención. Necesitaba un buen afeitado, pero su estructura facial era fabulosa. Tenía una ligera hendidura en la barbilla, y una boca larga y delgada.

Por lo general, a Megan le habría parecido un rostro fascinante, de rasgos fuertes y bellos. Sin embargo, su mirada era de insolencia. Tenía los ojos gris oscuro, y era algo maleducado, decidió Megan, frunciendo el ceño. Había visto a aquellos tipos más veces. Solitarios, errantes, en busca de una efímera compañía femenina. Ella frunció el ceño de nuevo. La estaba mirando sin disimulo, y al llevarse la lata a los labios, le guiñó un ojo lentamente.

Al oír la risita de una de las gemelas, Megan volvió a girarse.

—Es adorable —dijo Jeri.

—No digas tonterías —respondió Megan—. Es típico.

Las gemelas se miraron, mientras Jeri arrancaba el motor del Jeep.

—Eres demasiado selecta —declaró.

Después, las dos hermanas sonrieron y se alejaron de la acera.

—¡Adiós!

Megan les arrugó la nariz, pero les dijo adiós con la mano antes de darse la vuelta. Ignoró a propósito al hombre que estaba a la entrada del supermercado y entró.

El tendero la saludó, y ella le devolvió el saludo. Megan se había criado en Myrtle Beach. Conocía a todos los comerciantes que había a siete kilómetros a la redonda del parque de atracciones de su abuelo.

Después de tomar una cesta, comenzó a recorrer el primer pasillo. Sólo iba a comprar unas cuantas cosas, se dijo mientras agarraba un cartón de leche. No tenía más que las bolsas de la moto para llevar la compra. Si la furgoneta no se hubiera estropeado... Se quitó de la cabeza aquel problema en concreto. No podía hacer nada por el momento.

Megan se detuvo en la sección de galletas. No había comido, y las cajas y bolsas de aquella parte le resultaban tentadoras. Tal vez las de cebada...

—Estas son mejores.

Megan dio un respingo al ver una mano que se alargaba por delante de ella para tomar una bolsa de galletas con doble ración de pepitas de chocolate. Giró la cabeza y se encontró con aquellos ojos grises e insolentes.

—¿Quieres las galletas? —preguntó él, con la misma sonrisa que tenía fuera.

—No —respondió Megan, mirándole significativamente la mano, que él había posado en su cesta.

Él se encogió de hombros y apartó la mano, pero para irritación de Megan, siguió caminando a su lado.

—¿Qué tienes en la lista, Megan? —le preguntó cordialmente, mientras abría la bolsa de galletas.

—Me las arreglaré sola, gracias —dijo ella, y continuó caminando hacia el siguiente pasillo, en el que tomó una lata de atún. Megan advirtió que él caminaba como un pistolero, con pasos largos y con un poco de balanceo.

—Tienes una moto muy bonita —dijo el hombre, y mordió una galleta—. ¿Vives por aquí?

Megan tomó un paquete de té y lo metió en la cesta.

—No es asunto tuyo.

—Qué mona —dijo él, y le ofreció una galleta. Megan le hizo caso omiso, y pasó a la siguiente sección. Sin embargo, cuando Megan iba a tomar una bolsa de pan, él puso una mano sobre la de ella—. Es mejor el pan integral.

Megan notó la palma de su mano, dura y firme sobre el dorso de la suya, y con indignación, se apartó.

—Mira, tengo que...

—Sin anillos —dijo él, e hizo que sus dedos se entrelazaran—. Sin compromisos. ¿Te apetece cenar conmigo?

—Ni hablar —respondió Megan, y zarandó la mano, pero se dio cuenta de que él la había atrapado con firmeza.

—No seas antipática, Megan. Tienes unos ojos muy bonitos —replicó él, y le sonrió como si fueran las dos únicas personas del mundo. Alguien pasó por detrás de Megan con un murmullo de fastidio, para poder tomar una bolsa de rebanadas de pan de centeno.

—¿Quieres dejarme en paz? —le ordenó ella en voz baja. Se había quedado asombrada de que él consiguiera afectarla con su sonrisa, aunque ella supiera perfectamente lo que pretendía—. De lo contrario voy a montar un numerito.

—No pasa nada —dijo él—. No me molestan los numeritos.

—Mira —respondió Megan enfadada—. No sé quién eres, pero...

—David Katcherton —informó él con otra sonrisa—. Katch. ¿A qué hora quieres que pase a recogerte?

—No vas a recogerme. Ni ahora, ni nunca. Suéltame la mano.

—La Cámara de Comercio asegura que Myrtle Beach es un pueblo muy hospitalario, Meg —dijo Katch, y le soltó la mano—. Vas a darle mala fama.

—Y deja de llamarme Meg —respondió ella furiosamente—. No te conozco de nada.

Entonces, salió disparada por el pasillo, empujando la cesta por delante de ella.

—Pero me conocerás —respondió él en voz baja.

Sin embargo, Megan lo oyó. Sus miradas volvieron a cruzarse, la de ella, oscura de ira, y la de él, segura. Megan se dio la vuelta y caminó rápidamente hacia la caja.

—No te vas a creer lo que me ha pasado en el supermercado —dijo Megan mientras dejaba la bolsa de la compra sobre la mesa de la cocina, de un golpe.

Su abuelo estaba sentado a la mesa, con toda su atención en la mosca que estaba

confeccionando. Gruñó a modo de saludo, pero no levantó la vista. Ante sí tenía plumas e hilo de pescar, y pesos, apilados con orden.

—Un hombre increíblemente maleducado me ha abordado en la sección de galletas —dijo ella, mientras comenzaba a guardar las cosas—. Quería que fuera a cenar con él.

—Umm —dijo su abuelo, y siguió atando, meticulosamente, una pluma amarilla a la mosca—. Que lo pases bien.

—¡Abuelo! —exclamó ella con frustración, pero no pudo evitar sonreír.

Timothy Miller era un hombre bajito y delgado, de sesenta y cinco años. Tenía el rostro arrugado y moreno, y el pelo y la barba blancos. Sus ojos azules conservaban todo el brillo, a pesar de la edad. Megan se dio cuenta de que estaba completamente concentrado en sus cosas. El hecho de que hubiera oído algo de lo que decía era prueba de lo mucho que aquel hombre quería a su nieta.

Ella se acercó y le dio un beso en la cabeza.

—¿Vas a ir de pesca mañana?

—Sí, señorita, bien temprano. La furgoneta estará arreglada esta noche. Volveré antes de cenar.

Megan asintió y le dio un segundo beso. Él necesitaba aquellos días de pesca. El parque abría todos los fines de semana de primavera y otoño, y durante el verano, trabajaban siete días a la semana. El verano mantenía vivo el pueblo; atraía a los turistas, y los turistas significaban negocio. Durante un cuarto del año, la población del pueblo pasaba de trece o catorce mil personas a trescientas mil. Y la mayoría de aquellas trescientas mil personas iban allí a divertirse.

Para proporcionarles diversión, y para ganarse la vida, su abuelo trabajaba mucho. Siempre había trabajado mucho. Habría sido una tortura si no adorara tanto su parque. Aquel parque era también parte de la vida de Megan desde que era pequeña.

Megan sólo tenía cinco años cuando se quedó sin padre. Pop había sido un padre, una madre y un amigo para ella. Y Joyland era su hogar, tanto como la casita en la que vivían, junto al mar. Años antes los había unido la tristeza, pero con el paso de los años, su amor se había hecho fuerte como una roca. Con la salvedad de su abuelo, Megan era muy precavida con sus emociones, porque cuando quería a alguien, lo quería sin reservas.

—Estaría bien comer trucha —murmuró ella, y le dio un abrazo—. Esta noche tendremos que conformarnos con un guiso de atún.

—Creía que ibas a salir a cenar.

—¡Abuelo! ¿Es que crees que voy a salir con un hombre que ha intentado conquistarme con una bolsa de galletas? —preguntó, mientras ponía el hervidor del agua al fuego.

—Depende del hombre en cuestión —respondió él—. ¿Cómo era?

—Un vago de playa —dijo Megan, aunque sabía que aquello no era del todo exacto—. Con un poco de vaquero también —añadió, con una sonrisa parecida a la de su abuelo—. En realidad, era muy guapo. Delgado y fuerte, muy atractivo, aunque sin escrúpulos.

—Parece interesante. ¿Y dónde dices que lo conociste?

—En el pasillo de las galletas.

—¿Y vas a hacer un guiso de atún en vez de salir a cenar? —preguntó su abuelo, cabeceando con un gran suspiro—. No sé lo que le pasa a esta chica.

—Era un chulo —dijo Megan, cruzándose de brazos—. Y me miraba con descaro. ¿No se

supone que los abuelos tienen escopetas en casa para evitar a ese tipo de pretendientes?

—¿Quieres que pida prestada una escopeta y vaya a buscarlo?

El silbido fuerte del hervidor amortiguó la respuesta de Megan. Pop observó cómo se levantaba a preparar el té.

Su nieta era una buena chica. Demasiado seria, pero una buena chica. Y además, una belleza. No le sorprendía que un extraño hubiera querido conseguir una cita con ella. Lo que le sorprendía era que no sucediera más a menudo. Sin embargo, Megan era capaz de desanimar a un hombre con sólo abrir la boca, o con una mirada de advertencia. Y parecía que eso era lo que quería.

Entre el trabajo en el parque de atracciones y la escultura, Megan no tenía demasiado tiempo para las relaciones sociales. O no buscaba el tiempo, pensó Pop. Sin embargo, no estaba seguro de que su nieta sólo sintiera irritación hacia el hombre del supermercado. A menos que se estuviera equivocando, parecía que se sentía atraída. Él conocía bien a su nieta, y decidió que lo mejor sería no presionarla más, al menos por el momento.

—Creo que va a hacer buen tiempo durante todo el fin de semana —comentó mientras guardaba los señuelos, con cuidado, en la caja de pescar—. Seguramente vendrá mucha gente al parque. ¿Vas a trabajar en el salón de recreativos?

—Por supuesto —dijo Megan. Puso dos tazas de té en la mesa y volvió a sentarse—. ¿Han asegurado esos dos asientos de la noria?

—Lo he supervisado yo mismo —dijo Pop, y sopló el té para enfriarlo. Después le dio un sorbo.

Megan se dio cuenta de que estaba relajado. Su abuelo era un hombre sencillo. Ella siempre había admirado su calma, su discreción, su sentido del humor y su falta de pretensiones. A él le encantaba ver disfrutar a la gente, más de lo que le gustaba cobrarles por ello, pensó Megan con un suspiro. Joyland sólo producía beneficios modestos. Pop era mucho mejor abuelo que hombre de negocios.

En gran medida, era ella quien gestionaba el aspecto de las pérdidas y ganancias del parque. Aunque la responsabilidad le quitaba tiempo para dedicarse a la escultura, sabía que era el parque lo que los mantenía. Y había algo más importante todavía: su abuelo amaba aquel parque.

En aquel momento, la contabilidad se inclinaba demasiado hacia los números rojos como para estar cómodos. Ninguno de ellos lo mencionaba. Hablaban de las mejoras durante la temporada alta, hablaban vagamente de promocionar el negocio para la temporada de Semana Santa y para el fin de semana del Día del Memorial.

Megan le daba sorbitos a su té mientras escuchaba a medias a su abuelo, que estaba sugiriendo que contrataran personal para el verano. Ella se ocuparía cuando llegara el momento. Pop era un mago con las máquinas y con los turistas, pero tenía tendencia a pagar demasiado a los empleados, y a dejar que trabajaran muy poco. Megan era más práctica. Tenía que serlo.

Y tendría que trabajar a jornada completa aquel verano. Pensó en la escultura que tenía a medio terminar en su estudio, situado sobre el garaje. Iba a tener que esperar hasta diciembre, pensó, e intentó no suspirar. No había otro remedio, hasta que las cosas volvieran a su cauce. Tal vez el año próximo... Aunque ya casi había llegado el año próximo. Había cosas que hacer. Siempre tenía cosas que hacer. Se encogió de hombros y volvió al monólogo de Pop.

—Así que me imagino que tendremos a los estudiantes y a los nómadas, los trabajadores temporales, para vigilar el parque.

—Sí, no creo que haya problema —murmuró Megan.

Al oír a Pop mencionar a los nómadas, recordó a David Katcherton.

Katch. Megan volvió a abstraerse en sus pensamientos. Ella misma habría catalogado a Katch como un nómada, pero él tenía algo más. Megan estaba orgullosa de su capacidad de observación, de su análisis de la gente. Le molestaba el hecho de no ser capaz de dibujar un perfil concreto de aquel hombre. Y le molestaba todavía más el hecho de estar pensando de nuevo en un encuentro insignificante con un desconocido maleducado.

—¿Te apetece un poco más de té? —le preguntó Pop, que ya iba de camino a la tetera.

—Eh... sí, claro —respondió ella—. Bueno, creo que lo mejor será que empiece a hacer la cena. Querrás acostarte pronto si mañana vas a ir a pescar.

—Buena chica —dijo Pop, y miró por la ventana. Después, le echó un vistazo rápido a su nieta—. Espero que haya suficiente para tres —añadió sin darle importancia—. Parece que tu vago de playa con algo de vaquero ha encontrado el camino hasta aquí.

—¿Cómo? —preguntó Megan mientras se levantaba de la mesa.

—Una descripción perfecta, como de costumbre, Megan —comentó Pop, mientras miraba acercarse al hombre. A Pop le gustó su aspecto. Se dio la vuelta con una sonrisa mientras Megan se situaba junto a la ventana y miraba al exterior. Pop tuvo que contener la risa al ver la cara de su nieta.

—Es él —dijo con incredulidad Megan. Katch ya estaba casi ante la puerta de la cocina.

—Eso creía yo.

—¡No puedo creer que tenga la cara tan dura!

Capítulo 2

Antes de que su abuelo pudiera responder, Megan se encaminó a la puerta de la cocina y la abrió, justo cuando Katch subía hacia el umbral. Hubo una chispa, sólo una chispa, de sorpresa en sus ojos grises.

—Eres un fresco —le dijo ella con frialdad.

—Eso me han dicho —respondió él—. Estás más guapa que hace una hora —añadió, y le acarició la mejilla con un dedo—. Hay un poco de rosa bajo la miel. Muy favorecedor. ¿Vives aquí?

—Sabes muy bien que sí. Me has seguido.

Katch sonrió.

—Siento decepcionarte, pero no. El hecho de haberte encontrado aquí es una sorpresa muy agradable. Estoy buscando a Timothy Miller. ¿Es amigo tuyo?

—Es mi abuelo —respondió ella, y se movió, casi imperceptiblemente, para situarse entre Katch y la puerta—. ¿Para qué quieres verlo?

Katch reconoció aquel movimiento protector, pero antes de que pudiera hacer ningún comentario, Pop habló desde detrás de su nieta.

—¿Por qué no lo dejas entrar, Megan? Así podría contármelo él mismo.

—Básicamente soy humano, Meg —le dijo Katch en voz baja. Su tono de voz hizo que ella lo observara con más atención.

Entonces, se giró hacia atrás para mirar por encima de su hombro, y se volvió de nuevo hacia Katch. Lo miró con una expresión de advertencia: «No se te ocurra disgustarlo».

En aquel momento notó algo en sus ojos, algo que no se esperaba: bondad. Para ella, eso fue más desconcertante que la arrogancia anterior. Megan entró en la cocina y le cedió el paso.

Katch le sonrió y entró también.

—¿Señor Miller? Soy David Katcherton —dijo Katch, tendiéndole la mano a Pop.

Pop asintió.

—Es quien me llamó hace un par de horas —respondió, y miró a Megan—. Veo que ya conoce a mi nieta.

Katch sonrió.

—Sí. Encantadora.

Pop se echó a reír y señaló el hervidor de agua.

—Iba a hacer un poco más de té. ¿Le apetece una taza?

—Sí, muchas gracias.

Entonces, Katch se acercó a la mesa y se sentó, como si los conociera de toda la vida. Medio reticente, medio desafiante, ella se sentó a su lado, haciéndole preguntas con la mirada, de espaldas a Pop.

—¿Te había dicho ya que tienes unos ojos maravillosos? —murmuró él. Y, sin esperar respuesta, miró hacia la caja de señuelos de Pop—. Tiene algunos señuelos muy buenos aquí. ¿Los hace usted mismo? —preguntó, tomando un calamar de hueso, y después, un trozo de madera que simulaba una ranita.

—Es la mitad de la diversión —respondió Pop, acercando a la mesa la tetera—. ¿Pesca a

menudo?

—Alguna que otra vez. Seguro que usted conoce los mejores sitios de todo el Grand Strand.

—Unos cuantos —respondió Pop con modestia.

Megan miró su taza de té con cara de pocos amigos. Una vez que se mencionaba el tema de la pesca, Pop podía seguir hablando de él durante horas. Y horas.

—Se me ha ocurrido que podría hacer unos cuantos lanzamientos mientras estoy por aquí —mencionó despreocupadamente Katch.

Megan se quedó sorprendida al percibir una mirada astuta y evaluadora en sus ojos.

—Vaya, vaya —dijo Pop—, pues yo podría enseñarle uno o dos buenos lugares. ¿Tiene aquí su caña?

—No, no la he traído.

Pop hizo un gesto para indicar que aquello no tenía importancia.

—¿De dónde es usted, señor Katcherton?

—Katch —dijo él, y se apoyó en el respaldo de la silla—. Nací en California.

Aquello era lo que explicaba el aspecto playero, pensó Megan. Bebió un poco de té mientras, con disimulo, lo observaba por encima del borde de la taza.

—Estás muy lejos de casa —comentó Pop. Se acomodó en su asiento y sacó la pipa que tenía reservada para las conversaciones interesantes—. ¿Tienes pensado quedarte mucho tiempo en Myrtle Beach?

—Depende. Me gustaría hablar con usted sobre el parque de atracciones.

Pop dio caladas rápidas a la pipa mientras la encendía con una cerilla.

—Eso fue lo que me dijiste por teléfono. Qué curioso, Megan y yo estábamos hablando sobre la contratación del personal para el verano. Sólo quedan seis semanas para que empiece la temporada —dijo, y dejó escapar una voluta de humo—. Y menos de veinte días para Semana Santa. ¿Has trabajado alguna vez en un parque de atracciones?

—No —dijo Katch, y probó su té.

—Bueno... —dijo Pop—. Es fácil de aprender. Y tú pareces listo.

De nuevo, Megan advirtió la sonrisa de Katch. Dejó la taza sobre la mesa.

—No podemos pagarle más del mínimo a un novato —dijo.

Tenía que admitir que aquel hombre la ponía nerviosa. Con suerte, podría desanimarlo para que se alejara de Joyland y probara suerte en otro sitio. Sin embargo, había algo que le causaba inquietud. No le parecía de los que aceptaban un trabajo para manejar una montaña rusa ni para hacerse cargo de una caseta de tiro durante un verano. Tenía una actitud que insinuaba poder, autoridad. Y sin embargo, había algo que no era totalmente respetable en su encanto de pillo.

Entonces, él la miró.

—Eso me parece razonable. ¿Tú trabajas en el parque, Meg?

Ella se contuvo para no censurar su muestra de familiaridad.

—A menudo.

—Megan tiene buena cabeza para los negocios —intervino Pop.

—Qué curioso —dijo Katch—. No sé por qué, había pensado que tal vez fueras modelo. Tienes cara para serlo —explicó, aunque su tono no fuera de flirteo.

—Megan es escultora —dijo Pop, fumando con satisfacción.

—¿De veras?

Katch entornó los ojos y la miró con intensidad. Ella se movió con incomodidad en la silla.

—Creo que nos estamos alejando del tema principal —dijo con tirantez—. Si has venido por el trabajo...

—No.

—Pero... ¿no has dicho que... ?

—No, creo que no —la interrumpió él, y después sonrió. Entonces se volvió hacia Pop y Megan percibió un sutil cambio en su actitud—: No quiero trabajar en su parque de atracciones, señor Miller. Quiero comprarlo.

Los dos hombres se observaron con suma atención. Pop se había quedado sorprendido, pero también tenía una mirada de reflexión. Ninguno de los dos se volvió hacia Megan. Ella miró a Katch con un poco de miedo. Quería reírse y preguntarle si estaba gastándoles una broma, pero sabía que no era así. Katch había dicho exactamente lo que quería hacer.

Ella había reconocido la autoridad y el poder que había bajo su apariencia despreocupada. Aquello era un negocio, simple y llanamente. Sintió un cosquilleo de pánico en el estómago al mirar a su abuelo.

—¿Pop? —dijo con un hilo de voz. Él no debió de oírla.

—Eso es una sorpresa —dijo por fin su abuelo. Después comenzó a darle caladas a la pipa, otra vez—. ¿Por qué mi parque?

—He hecho un estudio de las empresas recreativas que hay en la zona —respondió Katch encogiéndose de hombros—. La suya me gusta.

Pop suspiró y expulsó el humo hacia el techo.

—La verdad es que no estoy interesado en venderlo, hijo. Uno se acostumbra a un cierto tipo de vida.

—Con la oferta que estoy dispuesto a hacerle, tal vez le resulte fácil acostumbrarse a otra.

Pop se echó a reír.

—¿Cuántos años tienes, hijo?

—Treinta y uno.

—Ese es más o menos el tiempo que yo llevo en este negocio. ¿Cuánto sabes de cómo se dirige un parque de atracciones?

—No tanto como usted —dijo Katch, y sonrió—. Pero podría aprender rápidamente con un buen profesor.

Megan se dio cuenta de que su abuelo estaba estudiando cuidadosamente a Katch. Se sintió excluida de la conversación, y eso le molestó. Su abuelo era capaz de hacer aquello con mucha sutilidad, y ella se dio cuenta de que David Katcherton tenía el mismo talento. Megan se quedó callada. La cortesía le impedía interrumpir una conversación ajena.

—¿Y por qué quieres tener un parque de atracciones? —preguntó Pop de repente. Megan se dio cuenta de que estaba interesado en David Katcherton. Y entonces, se alarmó. Lo último que quería era que su abuelo trabara relación con Katch. Sólo iba a causarles problemas, Megan estaba segura de ello.

—Es un buen negocio —dijo Katch—. Y divertido. Me gustan las cosas que le transmiten diversión a la vida.

Claramente, aquel hombre sabía decir lo más acertado, pensó Megan de mala gana, al ver la expresión de su abuelo.

—Le agradecería que lo pensara, señor Miller —continuó Katch—. Podríamos volver a hablar de ello en unos días.

Y sabía cómo avanzar y retroceder, también.

—No puedo negarme a pensarlo —dijo Pop, pero negó con la cabeza—. Sin embargo, tal vez debieras echarle un vistazo. Megan y yo hemos dirigido Joyland durante muchos años. Es como nuestra casa —añadió. Después miró a su nieta—. ¿No ibais a salir a cenar?

—¡No! —respondió ella, con el ceño fruncido.

—Exactamente lo que yo había pensado —dijo Katch suavemente—. Vamos, Meg, te invito a una hamburguesa —le dijo, y mientras se levantaba, la tomó de la mano e hizo que ella también se pusiera en pie. Al notar que se estaba poniendo de muy mal humor, Megan intentó controlarse.

—No sabes lo mucho que lamento tener que rechazar una invitación tan amable.

—Entonces, no lo hagas —le dijo Katch sin miramientos, y se volvió hacia Pop—. ¿Le apetecería venir con nosotros?

Pop se echó a reír y les hizo un gesto con la mano, indicándoles que se marcharan.

—Salid vosotros. Yo tengo que preparar las cosas para mañana.

—¿Le importa que lo acompañe?

Pop observó a Katch por encima de la pipa.

—Salgo a las cinco y media. Tengo caña para prestarte.

—Aquí estaré.

Megan se quedó tan asombrada que le permitió a Katch que la sacara de casa sin protestar más. Pop nunca invitaba a nadie a pescar con él por las mañanas. Era su momento de relajación, y disfrutaba demasiado de la soledad como para querer tener compañía.

—Nunca se lleva a nadie —murmuró, pensando en voz alta.

—Entonces me siento halagado.

Megan se dio cuenta de que Katch todavía la tenía tomada de la mano, y de que había entrelazado sus dedos con los de ella.

—Yo no voy a salir contigo —dijo entonces, y se paró en seco—. Tal vez hayas conseguido engatusar a Pop con tus encantos para que te lleve a pescar, pero...

—Entonces, ¿te parece que soy encantador? —le preguntó con audacia, mientras le tomaba también la otra mano.

—Ni lo más mínimo —respondió ella, aunque tuvo que contener una sonrisa.

—¿Por qué no quieres cenar conmigo?

—Porque no me caes bien.

Katch sonrió todavía más.

—Dame la oportunidad de hacerte cambiar de opinión.

—No puedes —dijo Megan, e intentó soltarse las manos, pero él no se lo permitió.

—¿Quieres hacer una apuesta? —le preguntó Katch, y ella tuvo que reprimir otra sonrisa—. Si consigo que cambies de opinión, vienes conmigo al parque el viernes por la noche.

—¿Y si no lo consigues?

—No volveré a molestarte —dijo él, con otra sonrisa de persuasión.

Megan arqueó una ceja, especulativamente. Tal vez mereciera la pena.

—Lo único que tienes que hacer es cenar conmigo esta noche —continuó Katch—. Sólo un par de horas.

—Está bien —dijo ella, impulsivamente—. Trato hecho —añadió, e intentó soltarse de su mano, pero él no se lo permitió—. Podríamos sellarlo con un apretón de manos, pero tú todavía tienes las mías.

—Cierto —respondió él—. Entonces, tendremos que sellarlo a mi manera.

Dio un tirón rápido y la atrajo hacia sí. Ella notó una fuerza que no era evidente en su pecho, porque era delgado y un poco larguirucho. Antes de que Megan pudiera expresar su irritación, él la había besado.

Era habilidoso y minucioso. Ella no se dio cuenta de si había abierto los labios instintivamente o de si era él quien la había apremiado para que lo hiciera con el suave contacto de la punta de la lengua.

Desde el instante en que entraron en contacto, a Megan se le quedó la mente en blanco y se le llenó de pensamientos que no podía controlar. Su cuerpo se hizo con el mando y, al mismo tiempo, se rindió. Ella se había derretido contra él, y estaba apoyada en la fortaleza de su pecho, sintiendo cómo él asaltaba su boca calmadamente. No había nada más. Ella no tenía ninguna otra cosa a la que aferrarse. No tenía ancla que le impidiera perderse en las aguas salvajes. Megan emitió un gemido de protesta y se apartó.

Él tenía los ojos más oscuros de lo que ella había creído. ¿Cómo había pensado que eran descifrables? ¿Y cómo había pensado que él era manejable? No había nada que fuera igual que unos minutos antes. Le tembló la respiración mientras intentaba recuperar la compostura.

—Eres muy cálida —le dijo Katch suavemente—. Es una pena que te esfuerces tanto por ser distante.

—No lo soy. Y yo no hago eso —dijo Megan, negando con la cabeza, deseando que su corazón se calmara.

—Lo eres —la corrigió él—. Y sí lo haces.

Katch le apretó las manos suavemente antes de soltarle una de ellas. La otra la mantuvo agarrada mientras se volvía hacia su coche.

Megan comenzó a sentir pánico, e intentó suprimirlo. «Te han besado más veces», se recordó. La única diferencia era que aquello había sido inesperado. La había tomado por sorpresa.

Sin embargo, sabía que aquello sólo era una excusa, una mentira. Nunca la habían besado así. Y la situación se le había ido de las manos.

—Creo que, después de todo, no voy a ir —dijo con algo más de calma.

Katch se dio la vuelta, sonriéndole, mientras abría la puerta del coche.

—Una apuesta es una apuesta, Meg.

Capítulo 3

Katch tenía un Porsche negro. A Megan no le sorprendió. Nunca hubiera esperado que él condujera un coche normal y corriente. No era difícil darse cuenta de que David Katcherton podía permitirse lo mejor de todo.

Seguramente, había heredado el dinero, pensó ella, mientras se sentaba en el asiento gris plateado. Seguramente no había trabajado ni un solo día de su vida. Recordó el contacto firme de su mano. Seguramente se le daban muy bien los deportes, y jugaba al tenis o al squash, y navegaba en su propio yate. Nunca hacía nada que mereciera la pena. Se dedicaba a buscar placeres. Y los encontraba.

Megan se giró hacia él mientras se echaba el pelo hacia atrás. Observó su perfil, afilado y atractivo, y su pelo rubio y rizado.

—¿Ves algo que te guste?

Megan se ruborizó. La había pillado mirándolo. Respondió con fastidio.

—Tienes que afeitarte —le dijo remilgadamente.

Katch se miró en el espejo retrovisor.

—Sí, creo que sí —respondió—. Lo tendré en cuenta para nuestra próxima cita. No digas nada —añadió, al notar que ella se ponía tensa a su lado.

Megan reprimió la respuesta.

Katch sonrió mientras seguía conduciendo entre el tráfico.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

—Desde siempre.

Con la ventanilla bajada, Megan oía los ruidos de la calle. Había una mezcla de radios de coche que competían unas con otras y se fundían en una extraña armonía. A Megan le gustaba aquel sonido extraño, indefinible. Notó que se relajaba. Se volvió hacia Katch de nuevo.

—¿Y a qué te dedicas?

Él percibió el tono desdenoso de la pregunta, pero se limitó a arquear una ceja.

—Tengo cosas.

—¿De verdad? ¿Qué tipo de cosas?

Katch se detuvo en el semáforo en rojo, y después se dio la vuelta, mirándola directamente.

—Lo que yo quiera.

El semáforo se puso en verde, y él entró en un aparcamiento.

—No podemos ir ahí —le dijo Megan, mirando hacia el elegante restaurante.

—¿Por qué no? —le preguntó él mientras apagaba el motor—. Aquí se come bien.

—Ya lo sé, pero no vamos vestidos apropiadamente, y...

—¿Es que te gusta hacer las cosas apropiadamente todo el tiempo, Meg?

Aquella pregunta hizo que ella se quedara callada. Lo observó con atención, preguntándose si se estaba riendo de ella, sin saber qué responder.

—Mira —dijo él, saliendo del coche. Después se inclinó hacia la ventanilla—. Piénsalo durante unos minutos. Yo vuelvo enseguida.

Megan lo vio entrar por la elegante puerta del restaurante y cabeceó. Iban a echarlo. Sin embargo, ella no podía dejar de admirar que tuviera tanta seguridad en sí mismo. Tenía algo

misterioso. Megan se cruzó de brazos.

—Pero de todos modos, no me cae bien —murmuró.

Quince minutos más tarde, él le caía incluso peor. ¡Qué maleducado! Megan salió del coche malhumoradamente. ¡Tenerla esperando tanto tiempo allí sola!

Pensó en ir a la cabina telefónica más cercana y pedirle a su abuelo que fuera a buscarla. Buscó alguna moneda en los bolsillos del pantalón y de la chaqueta, pero no tenía ni un centavo. Iba a tener que pedir cambio en el restaurante, o pedirles que le permitieran usar su teléfono. Cualquier cosa era mejor que quedarse allí, esperándolo en el coche. Justo cuando abría la puerta del establecimiento, Katch salía.

—Gracias —le dijo, y pasó por delante de ella. Megan se quedó mirándolo boquiabierta. Llevaba una enorme cesta de picnic, la más grande que ella había visto en su vida. Katch abrió el maletero del coche, guardó la cesta y miró a Megan.

—Bueno, vamos —dijo, cerrando el maletero—. Me muero de hambre.

—¿Qué hay ahí dentro? —preguntó Megan desconfiadamente.

—La cena.

Katch le hizo una seña para que entrara al coche. Megan lo hizo, y cerró la puerta.

—¿Cómo has conseguido que hicieran eso?

—Se lo he pedido. ¿Tienes hambre?

—Pues... sí. ¿Pero cómo... ?

—Entonces, vamos.

Katch encendió el motor y se dirigió hacia la salida del aparcamiento.

—¿Cuál es tu lugar favorito? —le preguntó a Megan.

—¿Mi lugar favorito? —repitió ella, con desconcierto.

—Si llevas viviendo aquí toda la vida, tendrás un lugar favorito. ¿Dónde está?

—Hacia el extremo norte de la playa. Allí no va mucha gente, salvo en temporada alta.

—Muy bien. Quiero estar a solas contigo.

Aquella franqueza le provocó a Megan un cosquilleo en el estómago. Lentamente, se giró para mirarlo.

—¿Hay algún problema con eso? —preguntó él, con su sonrisa irreverente y encantadora de siempre.

Megan suspiró. Se sentía como si estuviera comenzando el ascenso de la primera colina de la montaña rusa.

—Probablemente —musitó.

La playa estaba desierta, salvo por la presencia de los albatros. Ella se quedó inmóvil un instante, de cara al oeste, para disfrutar del brillo glorioso del sol del atardecer.

—Me encanta este momento del día —dijo—. Todo está en calma. Es como si el día contuviera el aliento.

Se sobresaltó al notar las manos de Katch en los hombros.

—Tranquila —murmuró él, y le masajeó los músculos de la espalda, que se le habían tensado de repente, mientras miraba el atardecer por encima de su cabeza—. A mí me gusta el momento anterior al amanecer, cuando empiezan a cantar los pájaros, y la luz es muy suave. Deberías

relajarte más a menudo.

Siguió deslizándole los dedos, con delicadeza, por el cuello. El placer se volvió menos tranquilo y más exigente. Cuando ella debería haberse alejado, Katch hizo que se diera la vuelta hacia él.

—No —dijo Megan inmediatamente—. No lo hagas —repitió, y posó las manos en su pecho—. No.

—De acuerdo —respondió Katch, y rápidamente, aflojó las manos, aunque tardó un instante en soltarla. Después se aproximó a la cesta de picnic y sacó un mantel blanco, mientras decía resueltamente—: Además, es hora de cenar.

Megan se lo quitó, y se quedó asombrada al comprobar que el restaurante le había dado uno de sus mejores manteles.

—Aquí tienes —dijo él, y con la cabeza todavía inclinada sobre la cesta, le entregó las copas.

Y la mejor cristalería, también, pensó ella mientras tomaba las elegantes copas de vino. También había platos de porcelana, y cubiertos de plata.

—¿Por qué te han dado todo esto?

—Se les habían acabado los platos de papel.

—¿Champán? —preguntó Megan, mirando la etiqueta mientras él lo servía—. ¡Estás loco!

—¿Por qué? ¿Es que no te gusta el champán?

—Pues claro que sí, pero sólo había tomado del norteamericano.

—Pues brindemos por el francés —dijo Katch, y elevó la copa hacia ella.

Megan dio un sorbito.

—Es delicioso —comentó, antes de dar otro sorbito—. Pero no tenías por qué... —hizo un gesto para abarcar el mantel y la cesta.

—He decidido que no estaba de humor para cenar una hamburguesa.

Katch hundió la botella en la arena y depositó un bote pequeño en el mantel. Después volvió a rebuscar en la cesta.

—¿Qué es esto? —preguntó Megan mientras abría el bote. Frunció el ceño al ver una masa negra y brillante en el interior. Él puso unas rebanadas de pan tostado en un plato—. ¿Es... caviar? —preguntó ella con incredulidad.

—Sí. Deja que tome un poco, ¿quieres? Me muero de hambre.

Katch le quitó el bote de las manos y extendió una cantidad generosa en una de las rebanadas.

—¿No quieres? —preguntó él, después de tomar un bocado.

—No lo sé —dijo Megan, mientras lo examinaba críticamente—. No lo he probado nunca.

—¿No? —preguntó Katch, y le ofreció su tostada—. Pruébalo.

Ella vaciló. Entonces, Katch sonrió y se lo acercó a la boca.

—Vamos, Meg, dale un mordisco.

—Está salado —dijo ella sorprendida. Le quitó la tostada de la mano y volvió a morderla—. Y está rico —decidió, después de tragar.

—Podías haberme dejado un poco —se quejó él, cuando Megan terminó la tostada. Ella se echó a reír y extendió caviar en otra rebanada. Se la entregó, y Katch la tomó, aunque tenía la vista fija en Megan.

—Me estaba preguntando cómo era.

—¿El qué?

—Tu risa. Me preguntaba si era tan bonita como tu cara —dijo Katch, y le dio un mordisco a la tostada, sin dejar de mirarla—. Y lo es.

A Megan se le aceleró el pulso.

—No era necesario que me dieras caviar para oírme reír —dijo ella, y se encogió de hombros—. Me río mucho.

—No lo suficiente.

—¿Por qué dices eso?

—Tienes una mirada muy seria. Y también la boca. Tal vez por eso me siento empujado a hacerte sonreír.

—Qué extraordinario. Apenas me conoces.

—¿Y qué importa eso?

—Yo siempre he pensado que importaba —murmuró Megan, mientras él volvía a rebuscar en la cesta.

Megan observó, y ya no se sorprendió cuando le vio sacar colas de langosta y fresas. Se rió de nuevo y se echó el pelo hacia atrás.

—Vamos —dijo—, déjame que te ayude.

El sol se puso mientras cenaban. Salió la luna, y dibujó una línea blanca y trémula sobre el mar. A Megan todo le parecía un sueño. La porcelana y la plata brillaban a la luz de la luna, tenía sabores exóticos en la lengua y oía el sonido familiar de las olas al romper, y aquel extraño que había junto a ella cada vez se hacía menos extraño.

Megan ya sabía cuál iba a ser el movimiento exacto de su cara cuando sonriera, y conocía el timbre de su voz, y también las formas que adoptaban los rizos de su pelo por encima de sus orejas. Más de una vez, hechizada por el champán y la luna, tuvo que contenerse para no acariciárselos, para no experimentar con ellos.

—¿No vas a comer tarta de queso? —le preguntó Katch, gesticulando con un tenedor lleno, y después se lo metió a la boca.

—No puedo —dijo Megan. Encogió las rodillas y se las pegó al pecho, y posó la barbilla sobre ellas. Observó lo mucho que él disfrutaba con el postre—. ¿Cómo lo haces?

—Dedicación —respondió Katch, y tomó el último bocado—. Intento terminar todos y cada uno de mis proyectos.

—Nunca había tenido un picnic así —le dijo ella, con un suspiro de satisfacción. Se apoyó sobre los codos, estiró las piernas y miró hacia las estrellas—. Nunca había comido cosas tan deliciosas.

—Le haré llegar tus cumplidos a Ricardo —dijo él, y se sentó a su lado.

—¿Quién es Ricardo? —preguntó Megan distraídamente. No puso ninguna objeción cuando él le metió un mechón de pelo detrás de la oreja con la yema del dedo.

—El *chef*. Le encantan los cumplidos.

Megan sonrió. Le gustó mucho cómo se mezclaba el sonido de su voz con el del mar.

—¿Cómo lo sabes?

—Así es como conseguí traérmelo de Chicago.

—¿Traértelo? ¿Qué quieres decir? —preguntó Megan. Sin embargo, sólo tardó un instante en comprenderlo—: ¿El restaurante es tuyo?

—Sí —respondió él, y sonrió al ver la expresión de incredulidad de su rostro—. Lo compré

hace un par de años.

Megan miró el mantel blanco, la porcelana y los cubiertos de plata. Recordó que, un poco más de dos años antes, aquel restaurante estaba al borde del cierre. La comida tenía un precio excesivo y el servicio era malo. Entonces, lo habían reformado. Habían redecorado el interior, que según le habían dicho, tenía el techo de espejo. Desde que había vuelto a abrir, había mantenido una buenísima reputación en un pueblo que se enorgullecía de tener gran variedad de restaurantes de calidad.

—¿Lo compraste?

—Exactamente. ¿Te sorprende?

Megan lo observó atentamente: los rizos descuidados, las rodilleras blancas de los pantalones vaqueros, las zapatillas de deporte desgastadas. No era precisamente la idea que ella tenía de un hombre de negocios con éxito. ¿Dónde estaban el traje de tres piezas y el corte de pelo impecable? Y, sin embargo, tenía que admitir que algo de todo aquello se le notaba en la cara.

—No —dijo finalmente Megan—. No, supongo que no. Lo compraste del mismo modo que quieres comprar Joyland.

—Ya te he dicho que me dedico a eso.

—Pero va más allá de comprar cosas, ¿no? Se trata de conseguir que tengan éxito.

—Esa es la idea —convino él—. Tener éxito proporciona satisfacción, ¿no crees?

Megan se sentó y se volvió hacia él.

—No puedes comprar Joyland, es toda la vida de Pop. No lo entiendes...

—Tal vez no. Puedes explicármelo en otro momento. Esta noche no —dijo, y le tomó la mano—. Esta no es una noche para los negocios.

—Katch, tienes que...

—Mira las estrellas, Meg —le sugirió él—. ¿Has intentado contarlas alguna vez?

—Cuando era pequeña. Pero...

—Contar las estrellas no es sólo cosa de niños —le dijo, con la voz llena de calidez y buen humor—. ¿Vienes aquí por las noches?

Las estrellas estaban muy brillantes, bajas, junto al mar.

—Algunas veces —murmuró ella—. Cuando algún proyecto se me atasca y necesito despejarme, o estar sola.

—¿Qué esculpes? ¿Arcilla, madera, piedra?

—Las tres cosas —dijo Megan, sonriendo.

—¿Y dónde estudiaste?

—Hice algunos cursos en la facultad —dijo ella, y se encogió de hombros para dejar aquel tema—. Aunque no he tenido mucho tiempo para dedicarme a ello —miró al cielo y dijo—: La luna está muy blanca hoy. Me gusta venir aquí cuando está llena, para que la luz sea plateada.

Él se acercó suavemente y le rozó la oreja con los labios. Ella podría haberse apartado, pero él le pasó un brazo por los hombros.

—Relájate, Meg —le susurró contra la mejilla—. Hay luna llena, y estamos frente al mar. Es lo único que existe, aparte de nosotros.

Con el cosquilleo que le producían sus labios en la piel, ella estuvo a punto de creerlo. Sentía una pesadez en los miembros, debida al champán y a la magia de sus caricias. Katch deslizó los labios por su garganta, y ella gimió al notar que se le aceleraba el pulso.

—Katch, será mejor que me vaya —murmuró, mientras él le besaba ligeramente el cuello y el mentón—. Por favor —le pidió.

—Más tarde —respondió él, y le acarició la oreja con la nariz—. Mucho, mucho más tarde.

—No, yo... —Megan volvió la cabeza, y sus palabras se acallaron.

Sus labios estaban a un centímetro de distancia. Ella lo miró con los ojos muy abiertos, consciente de que él se inclinaba hacia ella. Sin embargo, Katch no la tocó. Se quedó inmóvil, ofreciéndole y prometiéndole algo. Ella volvió a gemir y cerró los ojos cuando él le acarició las comisuras de los labios, jugueteando. No la tocó con las manos. Había apartado el brazo, de modo que su único contacto era su mano y la lengua en la piel de Megan, y la mezcla de sus respiraciones.

Megan notó que su resistencia se debilitaba hasta que sólo quedó el deseo. Olvidó los peligros, las consecuencias. Sólo podía sentir. Su boca buscó la de él. No hubo titubeos, ni timidez; sólo exigencia, impaciencia, y necesidad de sentir la misma confusión deliciosa que había sentido antes.

Como él siguió sin tocarla, fue Megan la que lo rodeó con los brazos y lo atrajo hacia sí, y disfrutó del suave sonido de placer que él emitió cuando su beso se hizo más profundo. Sin embargo, permitió que fuera ella la que lo acariciara, pero ligeramente, acariciándole el pelo. Apenas oía el suave rumor de las olas por encima de los latidos de su corazón. Finalmente se apartó y respiró profundamente mientras sus labios se separaban.

Sin embargo, él no la soltó.

—¿Otra vez?

La pregunta fue casi silenciosa, pero parecía un grito en la tranquila noche.

La negativa tembló en los labios de Megan. Sabía que estaba pisando un terreno poco sólido. Él la tomó por la muñeca y la situó a un susurro.

—Sí —respondió ella, y se echó a sus brazos.

En aquella ocasión, Katch fue menos pasivo. Le mostró que había muchas formas de besar. Corto y ligero, largo y profundo. Dientes, lengua y labios, todo podía proporcionar placer. Juntos, bajaron lentamente hasta la arena.

Era una manta áspera, pero ella sólo sintió la excitación que le provocaban sus labios en la piel mientras vagaban por su garganta. Ella entrelazó los dedos en su pelo, y su boca volvió a la de ella, más dura, más insistente. Y Megan estaba lista para ello, respondiendo. Deseándolo.

Cuando él le acarició el pecho desnudo, ella emitió un murmullo de resistencia. No había sentido que Katch le estuviera bajando la cremallera de la chaqueta ni desabotonándole la camisa. Sin embargo, sus manos eran delicadas, persuasivas, y consiguieron que la reticencia de Megan se convirtiera en una rendición, y que después tomara todo el calor de la pasión. Estaba ardiendo bajo su piel, y amenazaba con explotar y transformarse en algo que se escapara de su control. Se movió bajo él, y entonces, las caricias se hicieron menos delicadas.

En su beso había hambre, un apetito que ella podía percibir, un sabor más fuerte que cualquiera de los que conocía. Era más seductor que las palabras y que el champán, y también atemorizaba más.

—Te deseo —le dijo Katch contra los labios—. Quiero hacer el amor contigo.

Megan se dio cuenta de que perdía el control de la situación. Lo necesitaba de una manera abrumadora. Luchó por volver a la realidad, por recordar quiénes eran. Nombre, lugares, responsabilidades. Había más cosas que el mar y que la luna. Y él era un extraño a quien apenas conocía.

—No —dijo Megan, y se puso en pie—. No —repitió con la voz temblorosa.

Comenzó a abotonarse la camisa rápidamente, y al verla, Katch también se puso en pie y la agarró por el bajo de la camisa. Megan se sorprendió y lo miró. Él ya no tenía nada de calma en la mirada, pero su tono de voz sí era de una calma inquietante.

—¿Por qué no?

Megan tragó saliva.

—Porque no quiero.

—Mentirosa.

—De acuerdo —dijo ella, y asintió—. No te conozco.

Katch también asintió, pero tiró de su camisa hasta que la tuvo junto a sí.

—Me conocerás —le aseguró, y después volvió a besarla, abrasadoramente—. Pero vamos a esperar hasta entonces.

Ella se esforzó por controlar el pulso de su sangre.

—¿Es que piensas que siempre vas a conseguir lo que quieres? —le preguntó.

—Sí —dijo él, y sonrió—. Por supuesto.

—Pues en este caso te vas a llevar una decepción —respondió Megan. Le apartó las manos de la camisa y siguió abrochándose los botones, con los dedos temblorosos—. No puedes conseguir Joyland, y no puedes conseguirme a mí. Ninguno de los dos estamos en venta.

—Yo no compro mujeres —respondió él con enfado.

Su voz atractiva se había endurecido. La faceta de artista de Megan se sintió fascinada con los planos de su rostro, pero la mujer se sintió inquieta por la aspereza de su tono.

—No lo necesito —prosiguió Katch—. Los dos sabemos que, con un poco más de persuasión, esta noche te habría conseguido.

—Lo que ha ocurrido esta noche no significa que seas irresistible, ¿sabes? —le dijo Megan, mientras se subía con un solo movimiento la cremallera de la chaqueta—. Te repito que no puedes conseguir Joyland, y que tampoco puedes conseguirme a mí.

Katch la observó durante un momento, a la luz de la luna, recortada contra el mar. Entonces sonrió de nuevo lentamente, con arrogancia.

—Os conseguiré, Megan —le prometió en voz baja—. Antes de que empiece la temporada.

Capítulo 4

El sol vespertino entraba a raudales en el estudio de Megan. Ella no le prestó atención, ni tampoco a los cantos de los pájaros que había junto a su ventana. Estaba concentrada en la arcilla que trabajaba con las manos, o más exactamente, en lo que veía en las formas que estaba tomando aquel montón de material.

Había dejado a un lado su último proyecto, algo que hacía en contadas ocasiones, para comenzar otro nuevo. Aquel nuevo tema la había tenido obsesionada toda la noche. Iba a exorcizar a David Katcherton haciendo un busto de él.

Megan lo veía con toda claridad y sabía muy bien lo que quería capturar: fuerza y determinación bajo una apariencia de afabilidad.

Aunque no quería admitirlo, Katch la había asustado la noche anterior. No físicamente, sino con la fuerza de su personalidad. Evidentemente, era un hombre que conseguía lo que quería, pero ella estaba decidida a que, en aquella ocasión, no se saliera con la suya. Katch iba a saber, muy pronto, que no podía presionarla a ella, y que tampoco podía presionar a Pop. Lenta y meticulosamente, sus dedos trabajaron para seguir moldeando las formas de su rostro. A Megan le proporcionaba cierta satisfacción el hecho de poder controlarlo, aunque sólo fuera indirectamente, en arcilla.

Casi sin pensar, dio forma a un rizo descuidado sobre la frente. Retrocedió para observarlo. De algún modo, había conseguido capturar una faceta de su naturaleza. Era un libertino, pensó. Aquella palabra anticuada encajaba bien con él. Se lo imaginaba con botas y con un revólver de seis balas, jugando al póquer en una taberna de Tucson, o con un sable, capitaneando un barco pirata hacia la costa de la Berbería. Acarició distraídamente los rizos de arcilla. Él se reiría contra el viento, y se llevaría todos los tesoros y las mujeres allá donde las encontrara. Mujeres. Sin poder evitarlo, Megan volvió a abstraerse en lo que había sucedido la noche anterior...

Recordó sus labios, sus caricias, y la textura de la arena sobre la que se habían tendido juntos, y los olores y los sonidos del mar. Recordó la forma en que la luz de la luna iluminaba su pelo y cómo la habían explorado sus manos mientras él dejaba vagar la lengua por su piel. Lo suaves que eran aquellas caricias. Lo maravilloso que...

Megan se contuvo con un sobresalto. Miró hacia abajo y vio que tenía los dedos posados sobre la réplica de barro del pelo de Katch. Soltó un juramento y estuvo a punto de reducir la arcilla a una masa sin forma. Se controló y dio unos cuantos pasos atrás. «No debería permitir que estas molestias tan insignificantes me distrajeran del trabajo». La velada que había pasado con Katch pertenecía a aquella categoría, a la de molestias insignificantes. Sin importancia.

Sin embargo, a Megan le resultaba difícil convencerse de que aquello fuera cierto. Tanto su intuición como sus emociones le decían que Katch era importante, mucho más de lo que debiera ser un extraño para una mujer con sentido común.

«Y yo tengo sentido común», pensó.

Respiró profundamente y se acercó al lavabo para aclararse las manos. Tenía que ser razonable. Pop necesitaba a alguien que le recordara que había que pagar facturas. Sonrió mientras se secaba las manos. Pensó que ella había sido una salvadora para su abuelo, casi tanto como él lo había sido para ella.

Al principio ella era muy pequeña, y dependía por completo de él. Y él no le había fallado. Después, a medida que crecía, Megan le había ayudado haciéndose cargo de los deberes y las tareas que para su abuelo eran un hastío: la contabilidad y la conciliación con el banco. Megan renunciaba a menudo a sus deseos para cumplir con su deber encargándose de las cifras. Sin embargo, también se dedicaba al arte, que era un mundo mucho más ilusorio. A veces, cuando estaba muy concentrada en su trabajo, casi olvidaba las normas que regían la vida del día a día. A menudo se veía arrastrada en dos direcciones opuestas, así que ya tenía suficientes cosas en las que pensar como para preocuparse por David Katcherton.

No entendía el motivo por el que un extraño podía afectar su equilibrio, pero en vez de intentar descifrar aquel misterio, iba a terminar el busto. Tal vez, cuando estuviera finalizado, pudiera ver con más claridad cómo percibía a aquel hombre. Así pues, volvió a trabajar.

La hora siguiente pasó en un abrir y cerrar de ojos, y Megan se olvidó de lo irritada que estaba con Katch por haberse ido a pescar con su abuelo. Le había resultado muy molesto ver que él estaba ilusionado y bien descansado a las cinco y media de la mañana, cuando había asomado la cara por la cortina de su habitación. Había vuelto a tumbarse en la cama y se había pasado más de una hora mirando al techo, sin poder pegar ojo. No quería acordarse de lo atractiva que sonaba su risa al amanecer.

Los rasgos del rostro de Katch estaban tomando forma bajo sus manos cuando oyó un coche que se acercaba. Después oyó las carcajadas de Katch y las de su abuelo, más graves.

Como su estudio estaba sobre el garaje, Megan tenía una buena vista de la casa y del camino de entrada. Vio cómo Katch sacaba la nevera de pesca de la parte trasera del pick up. Estaba sonriendo, pero Megan no podía oír lo que decía. Pop echó la cabeza hacia atrás y se rió con ganas. Después le dio a Katch una palmada en la espalda. E, inexplicablemente, Megan se sintió picajosa, molesta, ofendida. Parecía que se llevaban a la perfección. Demasiado bien.

Continuó observando a Katch mientras descargaba las cajas de aparejos y el equipo. Se quedó embebida mirándolo, y cuando él alzó la mirada y la vio en la ventana, ella siguió enfrascada, ajena, absorta por lo que veía en aquel hombre.

Katch sonrió y se echó hacia atrás la gorra para poder verla mejor. La ventana era larga, y el alféizar le quedaba a Megan por las rodillas, de modo que parecía que ella estaba enmarcada a cuerpo entero. Como de costumbre, para trabajar, se había recogido el pelo con un lazo, y su cara parecía más joven y más vulnerable, y sus ojos, más grandes. Además, la camisa vieja de Pop, que usaba como bata, la empequeñecía.

Su mirada quedó atrapada con la de Katch, y durante un instante, le pareció ver algo en sus ojos, algo que había visto brevemente durante la noche anterior, a la luz de la luna. La respuesta le tembló en la piel. Entonces, su sonrisa se hizo arrogante otra vez, y en sus ojos apareció la diversión.

—Baja, Meg —le dijo, antes de agacharse para recoger la nevera—. Te hemos traído un regalo.

—Preferiría esmeraldas —respondió ella.

—La próxima vez —le prometió Katch despreocupadamente, y se dio la vuelta para acercarse a la casa.

Encontró a Katch solo, preparándose para limpiar el pescado. Él sonrió al verla, y dejó el cuchillo que tenía en la mano. La tomó en brazos y la besó, para asombro de Megan. Ella se echó a temblar y lo apartó de un empujón.

—No puedes...

—Ya lo he hecho —dijo él—. Estabas trabajando —dijo Katch, como si aquel beso no hubiera sucedido—. Me gustaría ver tu estudio.

Sería mejor seguirle la corriente y mantener una conversación ligera.

—¿Dónde está mi abuelo? —preguntó, mientras se acercaba a la nevera y se disponía a abrir la tapa.

—Pop está dentro, guardando los aparejos.

Aunque lo normal era que todo el mundo que conocía a Timothy Miller lo llamara Pop, Megan le frunció el ceño a Katch.

—Vas rápido, ¿no?

—Sí, es verdad. Me cae muy bien tu abuelo, Meg. Precisamente tú deberías saber que eso es muy fácil.

Megan lo miró fijamente.

—No sé si debo fiarme de ti.

—No, no debes —respondió Katch con una sonrisa. Abrió la tapa de la nevera y le enseñó el contenido—. ¿Tienes hambre?

Megan sonrió. Se dejó encantar, a pesar de todas las advertencias que le había hecho el sentido común.

—No, no tenía. Pero puedo tenerla. Sobre todo, si no soy yo la que va a limpiar el pescado.

—Pop me ha dicho que te da asco.

—¿Ah, sí? —dijo Megan, y miró hacia la casa con cara de pocos amigos—. ¿Y qué más te ha dicho?

—Que te gustan los narcisos y que tenías un elefante de peluche llamado Henry.

Megan se quedó boquiabierta.

—¿Te ha dicho eso?

—Y que cuando ves películas de miedo, duermes con la sábana por la cabeza.

Megan entornó los ojos mientras Katch sonreía.

—Discúlpame —le dijo con irritación.

Lo empujó a un lado y salió disparada hacia la puerta de la cocina. Oyó que Katch se reía detrás de ella.

—¡Pop! —dijo.

Su abuelo estaba en la pequeña habitación, junto a la cocina, donde guardaba todas las cosas de pescar. Él sonrió afectuosamente al verla, en jarras, en la puerta.

—Hola, Megan. Tengo que decirte que ese chico sabe pescar. Sí, señor, sabe pescar.

Su evidente satisfacción hizo que Megan rechinara los dientes.

—Es la mejor noticia que me han dado en todo el día —respondió ella—, pero, ¿por qué le has contado que yo tenía un elefante de peluche y que duermo con la cabeza tapada cuando veo una película de terror?

Pop levantó una mano para rascarse la cabeza. Sin embargo, no lo hizo a tiempo como para ocultar su sonrisa. Megan frunció el ceño.

—Pop, ¿es que tienes que hablar de mí como si fuera una niña?

—Tú siempre serás mi niña —dijo él, y le besó la mejilla—. ¿Has visto esas truchas? Vamos a comer mucho pescado esta noche.

—Claro, y supongo —dijo Megan, cruzándose de brazos— que él lo va a comer con nosotros.

—Bueno, pues claro —dijo Pop, parpadeando de la sorpresa—. Después de todo, él pescó la mitad de los peces.

—Oh, maravilloso.

—Hemos pensado que tal vez pudieras hacer alguna tartaleta de arándanos —dijo su abuelo, con una sonrisa de ingenuidad.

Megan suspiró y se rindió.

En pocos minutos, Pop oyó los cacharros de la cocina. Con una sonrisa, salió silenciosamente de la casa.

—Hacer alguna tartaleta —murmuró Megan, mientras ponía la mantequilla en la harina—. Hombres.

Estaba metiendo las tartaletas en el horno cuando alguien entró en la cocina. Ella se dio la vuelta y se encontró con la predecible sonrisa.

—Me he enterado de lo de las tartaletas —comentó Katch, mientras ponía el pescado limpio sobre la encimera—. Pop me ha dicho que tenía que hacer unas cuantas cosas en el garaje, y que lo avisáramos cuando estuviera lista la cena.

Megan lanzó una mirada fulminante a la puerta que comunicaba con el garaje.

—¿Ah, de veras? Bueno, pues si tú te crees que vas a poder sentarte y esperar a que te sirvan, estás muy equivocado.

—No habrás pensado que voy a permitir que tú cocines mi pescado, ¿no? —respondió él. Ella se quedó sorprendida.

—Yo siempre cocino lo que pesco. ¿Dónde hay una sartén?

En silencio, sin quitarle la vista de encima, Megan señaló hacia un armario. Lo observó mientras él se agachaba y rebuscaba.

—No es que no crea que eres buena cocinera —dijo Katch, mientras se incorporaba con una sartén en la mano—. Es que sé que yo lo soy.

—¿Quieres decir que yo no podría cocinar bien esas patéticas sardinitas?

—Digamos que no me gusta correr riesgos con la cena —replicó Katch, y se puso a buscar por los armarios—. ¿Por qué no haces una ensalada —le sugirió con suavidad— y me dejas a mí el pescado? —emitió un gruñido de aprobación al encontrar la harina.

Megan vio cómo seguía buscando, sin inmutarse, por los armarios de su cocina.

—¿Por qué no —dijo entonces— agarras tus truchas y... ?

Su sugerencia se vio interrumpida por el timbre de aviso del horno.

—Tus tartaletas —dijo Katch, y se acercó a la nevera para sacar la leche y los huevos.

Con un gran esfuerzo, Megan se controló lo suficiente como para sacar las tartaletas. Las dejó enfriando, y pensó que iba a preparar la ensalada del siglo. Dejaría en ridículo sus truchas fritas.

Durante un rato, ninguno de los dos dijo nada. El aceite saltó ligeramente cuando Katch puso en la sartén las truchas rebozadas. Megan cortó lechuga y otras verduras, mientras percibía el delicioso olor de la sartén. Mientras pelaba una zanahoria, suspiró. Al oírla, Katch la miró con una ceja arqueada.

—Tenías que hacerlo bien, ¿no? —preguntó Megan con una sonrisa reticente—. Tenía que dársete bien.

Él se encogió de hombros y le quitó la zanahoria pelada de la mano.

—¿Te gustaría más que no lo hiciera bien? —preguntó. Le dio un mordisco a la zanahoria antes de que Megan pudiera quitársela, y ella tuvo que tomar otra.

—Habría sido más gratificante que hubieras sido torpe.

Katch la miró con la cabeza ladeada mientras le daba la vuelta al pescado con la espumadera.

—¿Eso es un cumplido?

Megan cortó la zanahoria y frunció el ceño.

—No lo sé. Tal vez fuera más fácil enfrentarse a ti si no parecieras una persona tan eficiente.

Por sorpresa, él la agarró de los hombros e hizo que se diera la vuelta.

—¿Es eso lo que quieres hacer? ¿Enfrentarte conmigo? —le preguntó. Cuando ella sintió que la atraía, puso las manos en su pecho—. ¿Te pongo nerviosa?

—No —dijo Megan, negando con la cabeza—. No, claro que no.

Katch arqueó una ceja.

—Sí —admitió finalmente Megan, y se apartó de él—. Sí, demonios, me pones nerviosa.

Caminó hacia la nevera y sacó el relleno de arándanos que había preparado.

—No tienes por qué poner esa cara de satisfacción —prosiguió—. Hay muchas cosas que me ponen nerviosa —mientras hablaba, iba poniendo relleno sobre las tartaletas con una cuchara—. Las serpientes, las caries dentales, los perros agresivos y grandes... —al oír que él se echaba a reír, Megan se volvió y, sin querer, sonrió—. Es muy difícil tenerte antipatía si me haces reír.

—¿Y por qué tienes que sentir antipatía?

—Ese era mi plan —admitió Megan—. Me parecía buena idea.

—¿Y por qué no hacemos otro plan? —le preguntó él, mientras buscaba una fuente en uno de los armarios—. ¿Qué cosas te gustan, aparte de los narcisos?

—El helado —dijo Megan—. Oscar Wilde, y pasear descalza.

—¿Y el béisbol? —le preguntó Katch.

—Sí —dijo ella sonriente—. De hecho, me gusta mucho.

—Ya sabía yo que teníamos algo en común —respondió él, y apagó el fuego—. ¿Por qué no avisas a Pop? El pescado ya está.

Había algo demasiado hogareño en el hecho de que los tres estuvieran cenando, en la mesa de la cocina, una comida a la que todos habían contribuido. Ella notaba una corriente de afecto entre los dos hombres, y eso le causaba preocupación. Estaba segura de que Katch seguía decidido a comprar Joyland. Sin embargo, Pop estaba feliz en su compañía. Megan pensó que, aunque no pudiera confiar completamente en Katch, tampoco podía seguir su plan original. No podía odiarlo, ni impedir que incidiera en sus vidas. Lo mejor sería no considerar demasiado cuánto incidía en la suya.

—Bueno —dijo Pop, con un suspiro, mirando el plato vacío—. Como vosotros dos habéis cocinado, yo fregaré los platos —miró a Megan y después a Katch, y añadió—: ¿Por qué no vais a dar un paseo? A Megan le gusta caminar por la playa.

—¡Pop!

—Sé que a la gente joven le gusta estar a solas —continuó desvergonzadamente.

Megan abrió la boca para protestar, pero Katch se le adelantó.

—Yo siempre estoy dispuesto a dar un paseo con una mujer guapa, sobre todo si puedo librarme de fregar —dijo.

—Qué manera tan elegante de decir las cosas —comentó Megan.

—En realidad, me gustaría ver tu estudio.

—Enséñaselo, Megan —insistió Pop—. Llevo todo el día alabando tus obras. Deja que las vea.

Después de un momento de vacilación, Megan pensó que era más fácil acceder. No le importaba enseñarle su trabajo a Katch. Y era más seguro subir al estudio que dar un paseo por la playa con él, a solas.

—De acuerdo —dijo, levantándose—. Te lo enseño.

Cuando salieron por la puerta, él le puso el brazo sobre los hombros.

—Es un sitio muy bonito —comentó, mirando a su alrededor, por el pequeño patio, que estaba lleno de azaleas—. Muy tranquilo.

El peso de su brazo era agradable. Megan permitió que lo dejara allí mientras caminaban hacia el garaje.

—No habría pensado que te gustan las cosas tranquilas.

—Hay un momento para estar en el porche y un momento para subir a la montaña rusa —dijo él—. Deberías saberlo.

—Lo sé, pero no pensaba que tú lo supieras —respondió Megan, y comenzó a subir pensativamente las escaleras—. Es un estudio pequeño. No impresiona demasiado. En realidad, no es más que un sitio donde yo puedo trabajar sin molestar a Pop, y sin que él me moleste a mí.

Megan abrió la puerta y encendió la luz, porque el sol ya se estaba poniendo.

Allí había mucho menos orden del que se permitía en otras facetas de su vida. Aquella habitación era suya, casi más exclusivamente suya que su propio dormitorio. Había herramientas, gubias, cinceles, calibradores, y un surtido de cuchillos y limas. Dentro esperaban futuros proyectos, pedazos intactos de piedra caliza y trozos de madera. Había una preciosa pieza de mármol, y por todas partes, en el suelo, en las mesas y en las estanterías, había muestras de su obra.

Katch entró en la habitación, y Megan sintió un cosquilleo de nervios. Se preguntó cómo iba a reaccionar ella si él hablaba de manera crítica, o si le hacía algún cumplido trillado. Su obra era muy importante para ella, y muy personal. Para su sorpresa, se dio cuenta de que la opinión de Katch le importaba. Cerró la puerta silenciosamente y se apoyó en ella.

Katch había ido directamente hacia una pequeña escultura de nogal, de una niña que estaba haciendo un castillo de arena. A Megan le satisfacía mucho aquella pieza, porque había logrado exactamente el efecto que buscaba. Había algo más que inocencia y que juventud en aquel rostro infantil. La niña se veía a sí misma como si fuera la princesa que habitaba en la torre de aquel castillo. La media sonrisa de su cara hacía que el espectador creyera en los finales felices.

Katch la observó con una expresión grave, moviéndola, con la mirada atenta a todos los detalles. Ella sintió una punzada de duda.

—¿Esto es tuyo? —preguntó él.

—Eh... sí —respondió Megan, y mientras buscaba algo más que decir, Katch se dio la vuelta

y comenzó a rondar por el estudio.

Examinó pieza por pieza sin decir nada. A medida que transcurrían los minutos, Megan se sintió cada vez más tensa, deseando que él dijera algo. Tomó una bata que había sobre una silla y la dobló para guardarla, alisando las arrugas nerviosamente y escuchando el sonido de las zapatillas de deporte de Katch en la madera.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Ella se dio la vuelta y lo miró con los ojos muy abiertos. Nunca hubiera esperado que su reacción fuera de ira. Al ver su enfado, ella agarró con fuerza la bata.

—No sé a qué te refieres —respondió con calma, aunque tuviera el corazón acelerado.

—¿Por qué te estás escondiendo? ¿De qué tienes miedo?

Megan agitó la cabeza, desconcertada.

—No me estoy escondiendo, Katch. No te entiendo.

—¿Que no me entiendes? ¿Es que acaso piensas que tiene sentido crear cosas como éstas y tenerlas escondidas encima de un garaje? —le preguntó él. Tomó una escultura de un hombre y una mujer, uno en brazos del otro, esculpida en piedra caliza, y prosiguió—: Cuando tienes un talento como éste, también tienes una obligación. ¿Qué vas a hacer, seguir acumulando las piezas aquí hasta que no quede sitio?

Aquella reacción dejó completamente desconcertada a Megan. Miró a su alrededor por el estudio.

—No, no. A veces llevo algunas esculturas a la galería de arte del pueblo. Se venden bien, sobre todo durante la temporada de verano, y...

Katch emitió un juramento que la interrumpió. Megan volvió a mirarlo.

—No entiendo por qué estás tan enfadado.

—Por este desperdicio —dijo él con tirantez, mientras volvía a dejar la pieza en la estantería—. El desperdicio me enfurece —añadió, y la tomó por los hombros—. ¿Por qué no has hecho nada con tu obra?

—No es tan sencillo. Tengo responsabilidades.

—Tu responsabilidad primera es contigo y con tu talento.

—Hablas como si hubiera hecho algo malo. He hecho lo que sé hacer. No entiendo por qué estás enfadado. Tengo que tener en cuenta cosas como el dinero y el tiempo. Tengo que dirigir un negocio, y tengo que ceñirme a la realidad. No puedo llevarme las esculturas a una galería de Charleston y pedirles que me hagan una exposición.

—Pues eso tendría más sentido que acumularlas aquí —replicó él. La soltó bruscamente y se puso a caminar de un lado a otro—. ¿Cuándo estuviste en Nueva York por última vez? ¿O en Chicago, o en Los Ángeles?

—No todos podemos ser trotamundos —respondió Megan—. Algunos nacemos para otras cosas.

Entonces, él se acercó a la escultura de la niña y el castillo de arena y a la pareja de piedra caliza.

—Quiero estas dos —dijo—. ¿Me las vas a vender?

Aquellas eran sus favoritas, aunque fueran tan diferentes.

—Sí, supongo que sí. Si tú las quieres...

—Te daré quinientos —dijo Katch, y Megan abrió unos ojos como platos—. Por cada una.

—Oh, no, no valen...

—Me imagino que valen mucho más —dijo Katch, y tomó la de piedra caliza—. ¿Tienes una caja para meterlas?

—Sí, pero, Katch —dijo Megan—, ¿mil dólares?

Él soltó la escultura y se acercó a ella. Seguía enfadado; Megan notaba la ira que emanaba de él.

—¿Es que piensas que es más seguro subestimarte que enfrentarte a tu propia valía?

Megan iba a negarlo con vehemencia, pero al final sólo hizo un gesto de impotencia con las manos. Katch se dio la vuelta para buscar una caja. Ella observó cómo envolvía las esculturas en periódicos viejos. Todavía tenía el ceño fruncido, y cara de malhumor.

—Te traeré un cheque —murmuró, y se marchó sin decir una palabra más.

Capítulo 5

Se oyó un grito largo, agudo. Los vagones de la montaña rusa recorrían la vía curva a curva, inclinando a los pasajeros a un lado y a otro. Había luces, y ruido. Mucho ruido. Los pitidos y zumbidos de las máquinas electrónicas y los videojuegos, los restallidos secos de los rifles de tiro al blanco, y las voces de la gente. Se reían, se llamaban, hablaban y gritaban. Y también estaban los olores: olor a palominas de maíz, a cacahuetes, a perrito caliente, a aceite de engrasar la maquinaria.

Megan cargó uno de los rifles en miniatura y se lo entregó a un aspirante a Wyatt Earp.

—Los conejos valen cinco puntos, los patos diez, los ciervos veinticinco y los osos cincuenta.

El chico, de dieciséis años, consiguió acertarles a un pato y a un conejo. Eligió una serpiente de plástico como premio, y su chica comenzó a emitir grititos de protesta.

Cabeceando, Megan los vio alejarse. El chico le puso un brazo por los hombros a su chica, y después intentó encandilarla moviendo la serpiente delante de su cara. Se ganó un codazo en las costillas.

Aquella noche había poca gente, pero era de esperar, al final de la temporada. Sobre todo, teniendo en cuenta que había otros parques de atracciones con más máquinas, con actuaciones en vivo y con videojuegos más sofisticados. A ella no le importaba que el ritmo fuera lento.

Sin embargo, llevaba preocupada tres días, desde el momento en que Katch se había marchado de su estudio. Al principio, Megan tenía muchas ganas de verlo, de hablar con él sobre las cosas que le había dicho. Katch había hecho que pensara, que meditara sobre una parte de sí misma que había estado ignorando durante casi toda su vida.

A medida que los días pasaban, su deseo de hablar con él se había desvanecido. Después de todo, ¿por qué tenía él que criticar su forma de vida? ¿Por qué tenía que hacer que se sintiera como si hubiera cometido un delito? Él la había acusado, la había juzgado y la había condenado en un instante. Y después había desaparecido, sin dar señales durante tres días. ¿Por qué? Los hombres no necesitaban un motivo lógico. Era sólo cuestión de ego.

—Hombres —murmuró, mientras le entregaba un rifle a una nueva clienta.

—Sé lo que quieres decir, cariño —comentó la mujer regordeta y rubia, mientras tomaba el rifle.

—¿Quién los necesita? —preguntó Megan.

La mujer se colocó el rifle en el hombro.

—Nosotras, cariño. Ese es el problema.

Megan suspiró mientras la mujer ganaba ciento veinticinco puntos.

—Buena puntería —le dijo—. Puede elegir cualquier cosa de la segunda fila.

—Pues dame el hipopótamo, cariño. Se parece un poco a mi segundo marido.

Megan se echó a reír y le entregó el muñeco.

—Aquí tiene.

La mujer le guiñó el ojo, se metió el hipopótamo bajo el brazo y se alejó.

Megan se calmó un poco mientras otros dos niños probaban suerte. Aquella conversación había sido típica de la informalidad que se respiraba en un parque de atracciones. Sonrió al recordar los comentarios de la mujer. Aunque ella, claro, no conocía a Katch, pensó Megan

mientras le entregaba el rifle a otro cliente. «Ni yo tampoco».

Automáticamente, Megan tomó el cambio al ver que alguien ponía un billete de un dólar en el mostrador.

—Diez disparos por un cuarto de dólar —comenzó a recitar—. Los conejos valen cinco puntos, los patos diez... —Megan sacó setenta y cinco centavos del bolsillo del delantal mientras tomaba un rifle, pero cuando unos dedos empujaron el cambio hacia ella, los reconoció al instante.

—Voy a tirar todo el dólar —le dijo Katch, cuando ella alzó la vista sorprendida. Él sonrió y se inclinó para darle un beso rápido—. Para que me dé suerte —le explicó al apartarse.

Antes de que Megan hubiera guardado el dinero, Katch ya había dado a todos los osos.

—¡Vaya! —dijo uno de los chicos que había junto a él—. Eh, señor, ¿puede hacerlo otra vez?

—Tal vez —dijo Katch, y miró a Megan—. Dame otro.

Sin decir nada, Megan le entregó otro rifle.

—Me gusta el perfume que llevas —comentó Katch mientras suspiraba—. ¿Qué es?

—Aceite para rifles.

Él se echó a reír, y siguió tiroteando a los osos sin piedad. Los dos chicos se quedaron admirados. Comenzó a formarse un grupo.

—Toma —le dijo Meg, mientras le entregaba otro rifle—. Es tu último cuarto de dólar.

Katch lo tomó.

—Gracias. ¿No vas a desearme suerte?

Megan lo miró a los ojos.

—¿Por qué no?

—Meg, estoy loco por ti.

Ella tuvo que reprimir la emoción que le produjeron aquellas palabras descuidadas, mientras recogía el cuarto grupo de osos. Los espectadores aplaudieron. Katch dejó el rifle en el mostrador y miró a Meg.

—¿Qué he ganado?

—Lo que quieras.

Él sonrió sin apartar los ojos de su cara. Megan se ruborizó al segundo, y después, deliberadamente, se hizo a un lado y señaló los premios.

—Voy a llevarme a Henry —dijo él. Entonces, Megan lo miró desconcertada, y él señaló—: El elefante.

Megan miró hacia arriba y vio a un elefante de color lavanda que medía un metro de altura. Lo bajó de su sitio y, al ponerlo sobre el mostrador, Katch la tomó de las manos.

—Y a ti.

Ella respondió remilgadamente.

—Sólo puede elegir los artículos que están expuestos.

—Me encanta que hables así —dijo él.

—¡Ya basta! —siseó ella, ruborizándose todavía más, al oír las risitas de la gente.

—Hicimos una apuesta, ¿o es que no te acuerdas? Y es viernes por la noche.

Megan intentó zafarse, pero él no se lo permitió.

—¿Y quién dice que yo perdiera la apuesta? —preguntó en voz baja.

—Vamos, Meg. Gané limpiamente. No irás a hacerte la sueca y a no pagar la deuda, ¿no?

—¡Shhh! —Megan miró a la gente, que los observaba con curiosidad—. Yo nunca haría tal

cosa —susurró furiosamente—. Y aunque hubiera perdido, cosa que nunca he admitido, no puedo dejar el puesto. Seguro que podrás encontrar a otra persona que te haga compañía.

—Te quiero a ti.

—Bueno, pues yo no puedo marcharme. Alguien tiene que atender el tiro al blanco.

—Megan —dijo uno de los trabajadores a tiempo parcial, mientras entraba por debajo del mostrador—. Pop me manda para que te releve —dijo, con una sonrisa inocente. Ella lo miró disgustada.

—El momento más oportuno —farfulló ella. Entonces, se quitó el delantal del cambio y se lo dio al empleado—. Muchas gracias.

—De nada, Megan.

—Eh, guárdame esto, ¿de acuerdo? —le dijo Katch, mientras le entregaba el elefante. Después, capturó las manos de Megan justo cuando ella salía de la caseta. Cuando ella se irguió, él tiró y la atrapó entre sus brazos.

Le dio un beso largo y exigente. Cuando se separaron, Megan tenía los brazos alrededor de su cuello. Los dejó allí mientras lo miraba a la cara con los ojos atentos, oscuros.

—Llevo tres días deseando hacer esto —murmuró Katch, y le acarició la nariz con la suya.

—¿Y por qué no lo has hecho?

Él arqueó las cejas, y después, al ver que ella enrojecía furiosamente, sonrió.

—No quería decir eso —balbuceó Megan, apartando los brazos e intentando alejarse de él.

—Sí querías —replicó Katch. La soltó, pero le pasó el brazo por los hombros—. Ha sido agradable, así que no lo estropees —dijo, y después miró a su alrededor—. ¿Damos una vuelta?

—No sé para qué. No vamos a venderlo.

—Eso ya lo veremos —respondió Katch, tan confiado como siempre—. Pero de todos modos, me interesa. ¿Sabes por qué viene la gente a un lugar como éste?

—A entretenerse.

—Sí. Pero has dejado fuera las dos cosas más importantes: a fantasear y a fardar.

Se detuvieron junto a un hombre de mediana edad que se había quitado la chaqueta y estaba intentando hacer sonar la campana. El martillo descendió y golpeó con fuerza, pero la bola sólo subió hasta la mitad del poste. El hombre se frotó las manos y se preparó para un nuevo intento.

—Sí, tienes razón —dijo Megan, y sonrió—. Tú lo sabes muy bien.

Él también sonrió.

—¿Quieres que haga sonar la campana?

—Los músculos no me impresionan.

—¿No? ¿Qué te impresiona?

—La poesía —dijo Megan sin titubear.

—Ummm —respondió Katch, frotándose la barbilla mientras esquivaba a tres adolescentes—. ¿Y los poemas humorísticos? Me sé algunos muy buenos.

—Seguro que sí —dijo Megan, cabeceando—. Pero creo que no me interesa.

—Cobarde.

—¿De veras? Vamos a la montaña rusa, y ya veremos quién es un cobarde.

—De acuerdo.

Katch la tomó de la mano y salió corriendo. Se detuvo junto a la taquilla, y ella tuvo un instante para recuperar el aliento.

Lo mejor sería que lo admitiera: lo pasaba bien con él. Y no tenía sentido intentar convencerse de lo contrario.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Katch mientras compraba los pases.

—En que podría aprender a que me cayeras bien, dentro de tres o cuatro años. Durante periodos de tiempo cortos —añadió, sonriendo.

Katch le besó las manos, y ella se quedó sorprendida.

—Eres muy halagadora —murmuró, y se echó a reír sobre sus manos agarradas.

Megan notó una descarga de poder a través del organismo, e intentó soltarse.

—Vas a tener que sujetarme la mano —le dijo Katch, señalando la montaña rusa con un gesto de la cabeza—. Me dan miedo las alturas.

Megan soltó una carcajada. Olvidó aquel momento tempestuoso y la punzada de ira. No le soltó la mano.

Katch no se conformó con la montaña rusa. Llevó a Megan al laberinto, y también al castillo encantado y, finalmente, a la noria.

Desde lo más alto de la noria, observaron las luces de colores del parque y la extensión del mar, a la derecha. Él la besó, y ella tuvo una sensación de naturalidad, de bienestar... Fue un momento compartido, algo que les pertenecía sólo a ellos. El ruido y la gente que había por debajo era otro mundo. El suyo sólo estaba en el movimiento suave de la noria y en la danza de la brisa. Y en el contacto de sus labios. No hubo exigencias, sólo un ofrecimiento de placer.

Megan se relajó contra él, y se dio cuenta de que su cabeza encajaba naturalmente en la curva del hombro de Katch. Acurrucada en su costado, vio el mundo a su alrededor. Por encima, en el cielo había unas cuantas estrellas. Las nubes ocultaban de vez en cuando la luna, y el aire era fresco, con olor a mar. Megan suspiró de satisfacción.

—¿Cuándo fue la última vez que hiciste esto?

—¿El qué? —preguntó Megan.

—Disfrutar del parque —le dijo Katch—. Sólo disfrutarlo, Megan, divertirte.

—Pues... —la noria comenzó a disminuir la marcha y se detuvo. Las cabinas se mecieron lentamente, mientras los pasajeros dejaban el sitio a los nuevos ocupantes. Ella recordó los días en que era muy joven. ¿Cuándo habían pasado?—. No lo sé.

Megan se levantó cuando el mozo levantó la barra protectora.

En aquella ocasión, mientras caminaba junto a Katch, estaba pensativa. Vio a varios conocidos. Era gente de la zona que había salido a dar una vuelta y que se mezclaba con los turistas.

—Tienes que hacer esto más a menudo —comentó Katch—. Reírte, relajarte y apartarte un poco de las restricciones que tú misma te impones.

Megan se puso rígida.

—Para ser alguien que apenas me conoce, parece que sabes muy bien lo que más me conviene.

—No es difícil —dijo él. Se detuvo en un puesto de helados y pidió dos—. No tienes muchos misterios, Meg.

—Gracias.

Katch le entregó uno de los helados entre risas.

—No te enfades. Lo decía como un cumplido.

—Supongo que tú conoces a muchas mujeres sofisticadas.

Katch sonrió, y la rodeó con el brazo mientras comenzaban a caminar de nuevo.

—Hay una. Se llama Jessica. Es una de las mujeres más bellas que he conocido.

—¿De verdad? —Megan lamió la bola de vainilla.

—Tiene una belleza clásica, y es rubia. Ya sabes, piel blanca, rasgos delicados, ojos azules. Unos ojos azules maravillosos.

—Qué interesante.

—Pues sí —continuó—. Es una mujer interesante, y más cosas: inteligente y con sentido del humor.

—Parece que le tienes mucho cariño.

—Un poco más que eso, en realidad. Jessica y yo vivimos juntos durante muchos años —dijo, soltando aquella bomba sin darle importancia—. Ahora está casada y tiene un par de niños, pero todavía nos vemos mucho. Tal vez ella pueda venir aquí durante unos días, y así podrás conocerla.

—¿Ah, sí? —preguntó Megan, que se detuvo en seco, indignada—. Vete a fanfarronear de tus relaciones a otro sitio. Si piensas que tengo algún interés en conocer a tu... a tu...

—Hermana —dijo Katch, y lamió su helado—. Te caería muy bien. Se te está deshaciendo el helado, Meg.

Siguieron caminando hasta las puertas del parque.

—Es un parque muy bonito —murmuró Katch—. Pequeño, pero bien organizado. No hay empleados con cara de aburrimiento —dijo.

Después se metió la mano al bolsillo y sacó un papel.

—Se me había olvidado darte tu cheque.

Megan se lo metió en el bolsillo sin mirarlo. Estaba concentrada en el rostro de Katch. Estaba al tanto de la dirección que habían tomado sus pensamientos.

—Mi abuelo ha dedicado toda su vida a este parque —le recordó.

—Y tú también —dijo Katch.

—¿Por qué quieres comprarlo? ¿Para ganar dinero?

Katch se quedó en silencio durante un largo instante. Siguió caminando por la arena, hacia la orilla del mar.

—¿Te parece una mala razón? ¿Te parece censurable el hecho de ganar dinero?

—No, claro que no. Eso sería absurdo.

—Me preguntaba si ése era el motivo por el que no has hecho nada con tus esculturas.

—No. Hago lo que sé hacer, y lo que tengo tiempo de hacer. Hay prioridades.

—Tal vez las hayas situado en el orden incorrecto —comentó Katch, y antes de que ella pudiera responder, habló de nuevo—. ¿De qué manera afectaría al negocio del parque el hecho de poner algunas máquinas modernas y algunos videojuegos más?

—No podemos permitirnoslo...

—Eso no es lo que te he preguntado.

—Bueno, el negocio mejoraría, naturalmente. La gente viene a divertirse, y cuanto más entretenimiento les proporcionas, más felices serán. Y más dinero gastarán.

Katch asintió.

—Eso era lo que yo pensaba.

—Está un poco anticuado porque no tenemos dinero suficiente para ponerlo al día.

—¿Ummm? —aunque Katch la estaba mirando, Megan se dio cuenta de que su atención se

había desviado.

—¿En qué estás pensando?

—En que eres extraordinariamente bella.

—No, no estabas pensando en eso —replicó Megan, apartándose de él.

—Es lo que estoy pensando ahora —dijo Katch, y le puso las manos en la cintura—. Es lo que pensé la primera vez que te vi.

—Eres tonto —dijo ella. Intentó alejarse, pero él la atrapó.

—Eso nunca lo he negado. Pero no puedes decirme que soy tonto por el hecho de pensar que eres guapa. Eres artista, así que debes de reconocer la belleza cuando la ves —dijo Katch, e inesperadamente, le dio un beso en la frente.

—¡No! —protestó ella, pero fue una protesta muy débil, y no hizo ningún intento por volver a zafarse de él.

—¿Que no qué? ¿Que no te bese? —lentamente, él pasó los labios por su piel—. Pero es que tengo que hacerlo, Megan —dijo, y acarició su boca lentamente.

Entonces se apartó, y ella tuvo la sensación de que se le paraba el corazón. El sabor de sus labios era abrumador. Con un gemido de placer, Megan lo atrajo hacia sí.

Cuando el beso se hizo profundo, ella notó algo parecido a una explosión en su interior. Se aferró a él aturdida, y después aterrorizada por su poder. La necesidad, las emociones y las sensaciones nuevas la invadieron demasiado rápidamente como para que pudiera controlarlas. A medida que el pánico se apoderaba de ella, Megan se retorció entre sus brazos. Hubiera echado a correr ciegamente, pero Katch no se lo permitió.

—¿Qué te pasa? Estás temblando —le preguntó, mirándola a los ojos—. No quería asustarte. Lo siento.

Aquella ternura fue casi la ruina de Megan. El amor, tan recientemente descubierto, pedía que lo liberara. Negó con la cabeza, porque sabía que si hablaba se le quebraría la voz. Tragó saliva.

—No, sólo es que... Tengo que volver al parque. Están cerrando.

Detrás de Katch, Megan veía que se apagaban las luces.

—Meg. Ven a cenar conmigo.

—No.

—Ni siquiera te he dicho qué día. ¿Qué te parecería el lunes?

—No.

—Por favor.

La decisión de Meg vaciló.

—No juegas limpio —murmuró con un suspiro.

—Nunca. ¿Te parece bien a las siete?

—Nada de picnics en la playa —le dijo ella.

—Cenaremos dentro, te lo prometo.

—De acuerdo, pero sólo una cena —dijo Megan, y se apartó de Katch—. Ahora tengo que irme.

—Te acompaño —dijo él. La tomó de la mano, y se la besó antes de que ella pudiera impedirlo—. Tengo que recoger mi elefante.

Capítulo 6

Megan tenía el rostro de Katch entre las manos. Completamente absorta, fue formando sus pómulos. Abría y cerraba las manos lentamente, usando los músculos hasta que los calambres se convirtieron en dolor. Miró el reloj y se dio cuenta de que había trabajado más de lo que pensaba. El sol del atardecer entraba por la ventana, y a su luz, Megan estudió su obra.

El modelo era bueno. Tenía los toques justos de dureza e inteligencia, y la boca era fuerte y sensual. Sus ojos tenían una mirada perceptiva y alerta. La movilidad de su cara, algo que para Megan era fascinante, sólo podía sugerirse. Era una cara que le convencía a uno para confiar en ella, en contra de lo que indicara el sentido común.

Entornó los ojos y siguió analizando aquella réplica de la cara de Katch. Había algunos hombres que se aprovechaban de las mujeres, que las conquistaban, que les hacían el amor y que después las dejaban. Y había otros que se casaban y formaban familias. ¿Cómo podía poner en duda a qué categoría pertenecía Katch?

Megan se levantó para lavarse las manos. Estaba encaprichada con él, eso era todo. Era un hombre diferente, excitante. Y ella no sería humana si no se sintiera halagada por el hecho de que él la viera atractiva. Estaba exagerando las cosas, eso era todo. Se secó las manos con una toalla e intentó convencerse. Nadie se enamoraba tan rápidamente. Y si lo hacían, no era algo profundo ni duradero. Megan volvió a mirar aquel modelo de arcilla. La sonrisa de Katch se burlaba de todos aquellos argumentos razonables, y Megan tiró la toalla al suelo.

—¡No puede suceder tan rápidamente! —le dijo con furia—. ¡Así no! A mí no... No voy a permitírselo.

Se recordó que lo único que quería él era quedarse con el parque. Cuando se convenciera de que no iba a conseguirlo, se alejaría. Al pensarlo, Megan sintió un dolor inesperado. Lo que ella quería era, precisamente, que Katch se marchara y que los dejara en paz. Intentó no acordarse de las nuevas fronteras que había descubierto entre sus brazos.

Agitó la cabeza y se quitó el lazo del pelo. Al día siguiente comenzaría con la madera, y tataría el modelo de arcilla. Aquella noche se limitaría a disfrutar de una buena cena con un hombre atractivo. Era así de sencillo.

Con más decisión de la que sentía, se quitó la bata de trabajo y salió del estudio.

—Hola, cariño —dijo Pop, que había llegado en su camioneta justo cuando Megan bajaba las escaleras.

Notó el cansancio de su abuelo en cuanto lo vio. Sabía que a él no le gustaba que se preocuparan por él, así que no le dijo nada, pero se acercó a él y lo abrazó por la cintura.

—Hola. Llevas mucho tiempo fuera.

—Ha habido un par de problemas en el parque —le dijo Pop, mientras se dirigían hacia la casa.

Aquélla era la explicación del cansancio, pensó Megan.

—¿Qué problemas?

Megan esperó a que su abuelo se sentara a la mesa de la cocina, y se acercó a los fogones para

preparar té.

—Reparaciones, Megan, sólo reparaciones. El barco pirata y el pulpo, y un par de máquinas pequeñas.

—¿Mucho?

Pop suspiró.

—Diez mil, tal vez quince mil.

Megan exhaló un largo suspiro.

—Diez mil dólares —dijo, y se pasó una mano por la frente.

No tenía sentido preguntarle si estaba seguro. Si tuviera alguna duda, Pop no le habría dicho nada.

—Bueno, ahora podemos disponer de cinco mil —dijo ella, añadiendo el cheque que acababa de darle Katch a sus ahorros—. Cuando sepamos con más exactitud qué cantidad necesitamos, podemos decidir qué préstamo necesitamos.

—Los bancos no suelen prestarle mucho dinero a la gente de mi edad —murmuró Pop.

—No seas tonto. Además, de todos modos, se lo prestarían al parque, no a ti, ¿no? —dijo ella, mientras ponía al fuego el hervidor de agua, intentando no acordarse de los intereses tan altos que iban a exigirles.

—Voy a ver a unas cuantas personas mañana —prometió él, y tomó su pipa, como si quisiera indicar que la charla sobre negocios había terminado—. ¿Vas a cenar esta noche con Katch?

—Sí —dijo Megan, mientras sacaba tazas y platos.

—Es un chico muy bueno —dijo él, dando caladas, con satisfacción a la pipa—. Me cae muy bien. Tiene estilo.

—Pues sí, estilo sí tiene, la verdad —dijo ella refunfuñando, mientras el hervidor comenzaba a silbar. Con cuidado, vertió agua hirviendo en las tazas.

—Y sabe pescar.

—Lo cual, por supuesto, lo convierte en el parangón de la virtud.

—Bueno, no hace que piense peor de él —dijo Pop cordialmente, sonriéndole a su nieta—. Me di cuenta de que subisteis a la noria anoche. Hacéis buena pareja.

—Pop, de verdad... —dijo Megan, que se ruborizó.

—Pues parece que a ti te gusta mucho. No me pareció que pusieras objeciones cuando te besó —continuó Pop, disfrutando—. De hecho, parecía que te gustaba.

—¡Pop! —exclamó Megan asombrada.

—Vamos, vamos, Meg, no estaba espiando. Estabais en un lugar público, ¿sabes? Seguro que lo vio mucha gente. Como te he dicho, hacéis buena pareja.

Megan se sentó a su lado en la mesa, sin saber qué decir.

—Fue sólo un beso. No significa nada.

Pop asintió y le dio un sorbito a su té.

—No, no es importante —insistió Megan.

Su abuelo sonrió angelicalmente.

—Pero te gusta, ¿no?

Megan bajó la mirada.

—Bueno, a veces —respondió.

Pop le cubrió la mano con la suya y esperó a que ella volviera a mirarlo.

—Que alguien te importe es lo más fácil del mundo si permites que suceda.

—Apenas lo conozco.

—Yo confío en él.

—¿Por qué?

Pop se encogió de hombros y volvió a fumar.

—Es una sensación. En un negocio de gentes, como el mío, aprendes a conocer a las personas. Este chico tiene integridad. Quiere salirse con la suya, eso es cierto, pero no te engaña. Eso sí es importante.

Megan se quedó silenciosa durante unos instantes.

—Quiere quedarse con el parque —dijo al fin.

—Sí, ya lo sé. Lo dijo desde el principio. Las cosas no siempre permanecen igual durante toda la vida, Megan. Por eso funciona.

—No sé qué quieres decir. ¿Acaso estás pensando en venderle el parque?

Pop percibió el tono de pánico de su voz, y le dio unos golpecitos en el dorso de la mano.

—No pensemos en eso ahora. El primer problema que debemos solucionar es el de las reparaciones para Semana Santa. ¿Por qué no te pones el vestido amarillo que me gusta tanto hoy, Megan? Ese que tiene la chaquetita. Me recuerda a la primavera.

Megan pensó en seguir preguntándole, pero se contuvo. Si su abuelo había decidido cerrar el tema, no habría manera de hacerle hablar.

—De acuerdo. Creo que voy a ducharme ya.

—Megan —dijo Pop, y ella se dio la vuelta en la puerta—. Disfruta. Algunas veces es mejor dejarse llevar.

Cuando su nieta se marchó, Pop miró hacia el vano vacío de la puerta, pensativamente, y se acarició la barba.

Una hora después, Megan se miró al espejo. Se había puesto el vestido amarillo, cuyo tono le confería calidez a su piel. Tenía un corte sencillo, y marcaba a la perfección su figura esbelta y su altura. Sin la chaqueta, sus brazos y sus hombros quedaban desnudos. Se cepilló el pelo y después se puso unos pequeños pendientes de oro.

—¡Eh, Megan!

Megan se quedó asombrada al oír el grito. ¡No era posible que estuviera fuera, llamándola!

—¡Meg!

Con incredulidad, Megan se acercó a la ventana. Katch estaba dos pisos más abajo. Al verla, saludó marcialmente.

—¿Qué haces?

—Abre la pantalla de la ventana.

—¿Por qué?

—Ábrela —dijo él.

—Si quieres que salte, olvídale —dijo ella, pero, por curiosidad, abrió la mosquitera y se asomó.

—¡Atrápalo!

Sus reflejos respondieron antes de que pudiera pensar. Megan tomó el bulto que él le había arrojado, y se encontró con las manos llenas de narcisos. Escondió la cara en el ramo.

—Son preciosos —dijo, sonriéndole por encima de las flores—. ¡Gracias!

—De nada —respondió él—. ¿Vas a bajar?
—Sí —dijo ella—. Sí, sí, dentro de un minuto.

Katch condujo rápida y competentemente, pero no hacia la zona de restaurantes, tal y como había pensado Megan. Se dirigió hacia el océano, hacia el norte. Ella se relajó y disfrutó de la luz serena del atardecer y de su conducción suave.

Megan reconoció la zona. Las casas allí eran más grandes y más sofisticadas que las de las afueras del pueblo. Los jardines tenían setos altos para preservar la privacidad. El césped de los jardines estaba bien cuidado, y había árboles altos y caminos asfaltados. Katch entró en una de aquellas casas, un poco apartada de las demás, y rodeada de matorrales tirando a morado.

La casa era pequeña comparada con otras del vecindario, y de madera vieja, cosa que a Megan siempre le gustaba. Era un edificio de dos alturas, con una terraza en el piso más alto.

—¿Qué es esto? —preguntó. La casa le había gustado desde el primer instante.

—Esto es donde yo vivo —dijo Katch, y se inclinó hacia su lado para abrir el seguro de la puerta.

—¿Vives aquí?

Katch sonrió al percibir la sorpresa de su tono de voz.

—Tengo que vivir en algún sitio, Meg.

—No me imaginaba que tuvieras una casa aquí. Eso sugiere que tienes raíces.

—Sí las tengo —dijo Katch—. Lo que pasa es que las trasplanto con facilidad.

Megan miró hacia la casa, y vio un patio muy grande.

—Has elegido el sitio perfecto.

Katch la tomó de la mano y entrelazó sus dedos con los de ella.

—Vamos, entremos —dijo.

—¿Cuándo la has comprado? —le preguntó Megan cuando subían las escaleras.

—Hace unos meses, cuando vine a esta zona. Me mudé la semana pasada, y no he tenido mucho tiempo para comprar muebles —dijo él, y metió la llave en la cerradura—. He elegido unas cuantas cosas por aquí y por allá, y mandé algunas otras de mi apartamento de Nueva York por correo.

Estaba escasamente amueblado, pero con estilo. Había un sofá bajo de color beis con cojines de colores, y una butaca con un par de macetas a cada lado. Sobre el suelo de madera de roble había una gran alfombra de sisal.

La estancia era abierta, y había un tramo de escaleras a la derecha, que llevaba al piso superior. También había una chimenea de piedra en la pared de la izquierda. Megan advirtió que él no había puesto sus esculturas en el salón; se preguntó qué habría hecho con ellas.

—Es preciosa, Katch —dijo mientras se acercaba a una de las ventanas. El césped descendía suavemente y terminaba en los setos que le daban intimidad a la casa—. ¿Se ve el mar desde el piso de arriba?

—Sí. Se ve.

—¿Me lo vas a enseñar?

—Después de la cena.

Megan sonrió.

—¿Vamos a cenar aquí?

—Odio los restaurantes —respondió Katch, guiándola hacia la cocina.

—Un extraño sentimiento para el dueño de uno.

—Digamos que hay ocasiones en las que prefiero un ambiente más íntimo.

—Ya, ya entiendo.

Él abrió la puerta de la cocina, y Megan miró a su alrededor. Los muebles eran de madera y acero inoxidable.

—¿Y quién va a cocinar esta vez?

—Nosotros —respondió él, y le sonrió—. ¿Cómo te gustan los filetes?

Cenaron en una mesa de cristal, tomando un buen vino tinto. Junto a ellos, en una consola, había una docena de velas encendidas. Megan comenzó a marearse un poco debido al vino, y sabía que el hombre que estaba frente a ella la tenía en sus manos. Cuando se levantó para recoger los platos, él la tomó de la mano.

—Ahora no. Esta noche hay luna llena.

Sin dudar, ella lo acompañó.

Subieron juntos las escaleras, y él la llevó hasta el dormitorio principal, en el que había una enorme cama dorada. También había unas altas puertas de cristal que conducían a un pasillo del que partían las escaleras de la terraza.

Megan oyó las olas antes de acercarse a la barandilla. Más allá de los setos, el mar estaba embravecido. Se veía la espuma blanca contra la oscuridad. La luz de la luna era tenue, pero tenía la ayuda del brillo de las estrellas.

Ella respiró profundamente y se apoyó en la barandilla.

—Es precioso. Nunca me canso de mirar el mar.

—¿Nunca piensas en viajar?

Megan se encogió de hombros.

—Claro. A veces. Pero ahora no puedo.

—¿Adonde irías?

Ella cerró los ojos durante un instante.

—A Nueva Orleans —murmuró—. Siempre he querido conocerlo. Y a París. Cuando era pequeña, soñaba con estudiar en París, como los grandes artistas —dijo, y volvió a abrir los ojos—. Tú habrás estado allí, supongo. En Nueva Orleans y en París.

—Sí, he estado.

—¿Y cómo son?

Katch le acarició la línea de la mandíbula con la yema del dedo antes de responder.

—Nueva Orleans huele a río, y es muy caluroso en verano. Hay música en todas partes, a todas horas, en los locales nocturnos y en las esquinas. Se mueve constantemente, como Nueva York, pero a un ritmo más civilizado.

—¿Y París?

—Es antiguo y elegante, como una gran dama anciana. No está muy limpio, pero eso no importa. La mejor época para ir a París es la primavera. No hay nada que huelga igual que París en primavera. Me gustaría llevarte allí. Me gustaría ver tus emociones, esas que controlas tanto. En París no podrías hacerlo.

—Yo no controlo mis emociones.

Entonces, Katch la abrazó por la cintura y la ciñó contra su cuerpo.

—¿No? —preguntó, y comenzó a deslizarle la chaqueta del traje por los hombros—. Tienes pasión, pero la contienen. Escapa sólo en tu obra, pero incluso tu obra la mantienes encerrada en tu estudio. Cuando te beso, noto que está luchando por salir a la superficie.

Él le quitó por fin la chaqueta, y la puso sobre la barandilla. Lentamente, le acarició la piel desnuda y sintió su respuesta cálida.

—Algún día se desbordará, y tengo intención de estar allí cuando suceda.

Katch le apartó los tirantes de los hombros, y los sustituyó por sus labios. Megan no protestó mientras los besos se dirigían a su cuello. Él jugueteó con la lengua, delicadamente, sobre su pulso, y le tomó el pecho con una mano. Pero cuando la besó en la boca, la delicadeza terminó, y con ella, la pasividad de Megan. El deseo avivó el deseo.

Cuando él le mordisqueó el labio inferior, ella jadeó de placer. Katch comenzó una búsqueda ávida, con la lengua y con las manos. Le bajó el vestido hasta la cintura, y emitió murmullos de aprobación al ver sus pechos desnudos, tensos de deseo. Megan le permitió aquellas libertades y voló alto en la cresta de una ola. No tenía conocimiento que la guiara, ni experiencia. Se dejó llevar por el instinto y la pasión, y deslizó las manos por debajo de su camisa. Su viaje fue lento, de exploración. Sintió que se le tensaban los músculos de los hombros mientras jugueteaba con ellos.

Los besos de Katch se volvieron apremiantes, y su pasión la invadió, se mezcló con la de Megan hasta que fue demasiado intensa como para que ella pudiera soportarla. Estaba sintiendo un dolor que venía de ninguna parte, y que se extendió a todos sus miembros con una rapidez increíble. El deseo era un dolor tan agudo como irresistible. Megan, rindiéndose, se apoyó en él.

—Katch —susurró con la voz ronca—. Quiero quedarme contigo esta noche.

Megan se estrechó contra él durante un instante, aferrándose con tanta fuerza que casi no podía respirar. Entonces, sintió que él se separaba de su cuerpo muy lentamente. La tomó de los hombros y la miró a los ojos, atravesándolos. Ella tenía la respiración entrecortada, y sentía escalofríos. Despacio y con suavidad, él le colocó el vestido en su sitio.

—Voy a llevarte a casa.

El *shock* de su rechazo fue como un puñetazo. Megan abrió los labios temblorosos, pero volvió a cerrarlos. Rápidamente, intentando contener las lágrimas, buscó a ciegas la chaqueta.

—Meg —dijo él, y quiso agarrarla por los hombros otra vez, pero ella se alejó.

—No. No, no me toques —respondió Megan, y tuvo que tragar saliva—. No quiero que me consueles. Parece que he malinterpretado la situación.

—No has malinterpretado nada —dijo Katch—. Y no llores, maldita sea.

—No tengo intención de llorar —replicó ella—. Quiero irme a casa.

En sus ojos se reflejaba un gran dolor. Estaba brillando detrás de las lágrimas que ella se empeñaba en negar.

—Tenemos que hablar —dijo Katch.

—No. No, no tenemos que hablar de nada. Hemos cenado juntos, y las cosas se nos han ido un poco de las manos. Es muy sencillo, y ya se ha terminado.

—No es sencillo, y no ha terminado, Meg —respondió Katch. La miró largamente a los ojos, y añadió—: Pero lo dejaremos por ahora.

Megan se dio la vuelta y comenzó a bajar las escaleras.

Capítulo 7

Los parques de atracciones perdían su halo de misterio a la luz del día. Entonces se veía la pintura sucia, descolorida y arañada. Lo que era brillante bajo la luz artificial se volvía ordinario bajo el sol. Sólo los muy pequeños, o los que tenían un corazón muy joven, podían creer en la magia cuando se enfrentaban a la realidad.

Megan sabía que su abuelo era un joven eterno. Por eso lo quería. Con cariño, observó cómo él supervisaba la reparación del castillo encantado. Los fantasmas de aquel castillo eran importantes para Pop. Ella caminó junto a la vía, evitando pensar en su propio fantasma. Habían pasado diez días desde que Pop le había contado el problema de las reparaciones, y diez días desde la última vez que había visto a Katch. Megan intentó apartárselo de la cabeza y concentrarse en su realidad, su abuelo y el parque. Megan ya era lo suficientemente mayor como para distinguir la fantasía de lo real.

—Hola —dijo—. ¿Cómo va todo?

Pop se volvió hacia ella y sonrió.

—Muy bien, Megan. Más rápido de lo que yo creía. Estaremos en marcha antes de Semana Santa. Las máquinas pequeñas ya están reparadas. ¿Y tú?

Ella no puso objeciones cuando Pop comenzó a guiarla hacia el exterior de la atracción. El ruido les impedía oírse bien.

—¿Qué pasa conmigo? —preguntó. El sol repentino la cegó. Aquel día de primavera tenía todo el calor del verano.

—Llevas más de una semana muy triste —dijo Pop—. Ya sabes que a mí no puedes ocultarme las cosas, Megan. Te conozco muy bien.

—No estaba intentando ocultarte nada, Pop —respondió ella, encogiéndose de hombros—. Pero no hay nada importante de lo que hablar. ¿Cuánto van a tardar en arreglar el barco pirata?

—Es lo suficientemente importante como para hacerte infeliz. No te habrás hecho demasiado mayor como para contarme tus problemas, ¿verdad?

—Oh, no, Pop. Yo siempre puedo hablar contigo.

—Bueno, pues te estoy escuchando.

—He cometido un error, eso es todo.

—Megan, voy a preguntártelo directamente. ¿Estás enamorada de él?

—No —dijo ella al instante.

Pop arqueó una ceja.

—Ni siquiera he tenido que mencionar un nombre.

Megan se detuvo. Sabía que su abuelo era un hombre muy inteligente.

—Creía que lo estaba —dijo—. Pero me confundí.

—Entonces, ¿por qué estás tan triste?

—Pop, por favor.

—Siempre me has dado respuestas sinceras, Meg, aunque tuviera que arrancártelas.

—Está bien. Sí, estoy enamorada de él, pero no importa.

—Ésa no es una frase propia de una chica lista como tú. ¿Por qué no me explicas cómo es posible que no sea importante estar enamorada?

—Bueno, no lo es si no eres correspondida —dijo Megan.

—¿Y quién dice que no? —preguntó Pop con indignación. Megan notó que se mitigaba un poco el dolor que sentía por dentro.

—Pop, sólo porque tú me quieras, no me va a querer todo el mundo.

—¿Y por qué estás tan segura de que él no te quiere? ¿Se lo has preguntado?

—¡No! —Megan se quedó tan asombrada que se echó a reír.

—¿Y por qué no? Todo sería mucho más fácil.

Megan respiró profundamente.

—David Katcherton no es el tipo de hombre que se enamora. Y menos de alguien como yo. Ha estado en París, y vive en Nueva York. Y tiene una hermana que se llama Jessica.

—Eso me lo aclara todo —dijo Pop, y Megan emitió un ruidito de frustración.

—Yo nunca he ido a ningún sitio —dijo—. Durante los veranos veo a miles de personas, pero todos son turistas. No sé quiénes son. Sólo conozco de verdad a las personas que viven aquí. Lo máximo que me he alejado de la playa es hasta Charleston.

Pop le acarició el pelo.

—Te he tenido demasiado cerca —murmuró—. Siempre me decía que habría otra ocasión.

—Oh, no, Pop. No quería decir eso —dijo Megan. Lo abrazó y escondió la cara en su hombro—. No quería que sonara así. Te quiero, y adoro vivir aquí. No lo cambiaría por nada. Ha sido odioso por mi parte.

Él se echó a reír y le dio unas palmaditas en la espalda.

—Tú no has hecho nada odioso en toda tu vida. Los dos sabemos que querías ver mundo, y yo sé que te has quedado para estar conmigo. Ah, y yo he sido lo suficientemente egoísta como para permitírtelo.

—Tú no has hecho nada egoísta en toda tu vida —repitió ella—. Sólo quería decir que Katch y yo tenemos muy pocas cosas en común. Él ve las cosas de forma diferente a mí. No sé qué hacer con él.

—Megan, tú siempre sabes lo que tienes que hacer —dijo Pop, y suspiró—. Bueno, vamos a dejarlo por ahora. También eres muy cabezota.

—Obstinada. Es una palabra más agradable.

Pop sonrió.

—¿Por qué no vuelves a tu estudio en vez de estar aquí, en un parque de atracciones, a pleno día?

—No consigo concentrarme —dijo ella, pensando en el busto que la estaba obsesionando—. Además, siempre me han gustado los parques —añadió, y tomó a su abuelo del brazo para seguir caminando a su lado.

—Bueno, esperemos que éste funcione en menos de una semana —dijo Pop, mirando a su alrededor con satisfacción—. Con suerte, tendremos una buena temporada y podremos devolver buena parte de esos diez mil.

—Tal vez el banco nos mande unos cuantos clientes para poder recuperar antes su dinero —sugirió Megan.

—Bueno, no me ha prestado el dinero el banco, sino... —Pop se calló bruscamente y tosió. Después se agachó para atarse el cordón de un zapato.

—¿No te ha prestado el dinero el banco? Entonces, ¿quién? Tú no conoces a nadie que tenga

tanto dinero —dijo Megan, y entonces, la sonrisa se le borró de los labios—. No, no. No es posible —dijo—. ¿Te lo prestó él?

—En realidad, tú no tenías que enterarte, hija —murmuró su abuelo—. Él no quería que lo supieras.

—¿Por qué? ¿Por qué lo has hecho?

—Ocurrió así, Meg. Él estaba allí, y yo le estaba hablando de las reparaciones y del préstamo, y él me lo ofreció. Me pareció una buena solución. Los bancos piden muchos papeles, y él no me va a cobrar tantos intereses. Pensaba que te parecería bien.

—¿Lo tenéis todo por escrito?

—Claro que sí. Katch dijo que no importaba, pero yo sé que tú eres muy quisquillosa, así que hice que me redactaran un documento legal.

—Que no importaba. ¿Y qué has usado como garantía del préstamo?

—Pues el parque, como es natural.

—Como es natural —repitió ella furiosa—. Seguro que a él le pareció magnífico.

—Vamos, no te preocupes, Megan. Todo va muy bien. Abriremos a tiempo para la Semana Santa. Además, se suponía que tú no ibas a enterarte. Katch lo quería así.

—Estoy segura de eso —dijo Megan con amargura.

Se dio la vuelta y salió corriendo. Pop la observó hasta que la perdió de vista. Tenía muy mal genio cuando se enfadaba, su nieta. Se frotó las manos y sonrió. Y aquello, pensó, muy agradado con su estratagema, iba a provocar algo.

Megan detuvo la motocicleta sobre la cima del camino de entrada a la casa de Katch, y apagó el motor. Se quitó el casco y lo amarró al sillín. No iba a permitir que él se saliera con la suya tan fácilmente.

Atravesó el jardín y llegó a la puerta principal. Llamó, pero no obtuvo respuesta. Se metió las manos en los bolsillos y frunció el ceño. Había dejado la moto detrás del Porche. Hizo caso omiso de la cortesía y agarró el pomo. Cuando lo notó girar, no vaciló. Abrió la puerta y entró.

La casa estaba silenciosa. Por instinto, Megan supo que no había nadie, pero oyó un zumbido en el exterior, así que cruzó el salón y se acercó al ventanal.

Entonces lo vio. Katch estaba cortando el césped con una segadora de gasolina. No llevaba camiseta, y los vaqueros se le ceñían a las caderas. Estaba bronceado y tenía un color dorado como la miel, que brillaba debido al esfuerzo del trabajo. Sin querer, Megan admiró el juego de los músculos de sus brazos y de la espalda.

Se alejó de la ventana y salió rápidamente al jardín por la puerta de la cocina.

Katch percibió un borrón de color granate por el rabillo del ojo y volvió la cara. Entonces, vio a Megan acercándose a él, con una camisa de color rojo y unos pantalones blancos. Con los ojos entornados contra el sol, se pasó el dorso de la mano por la frente. Después se agachó y apagó el motor de la segadora.

—Hola, Meg —dijo con ligereza. Sin embargo, su mirada era de alerta.

—Tienes la cara muy dura, Katcherton —le dijo ella sin preámbulos—, pero no me imaginaba que fueras capaz de aprovecharte de un hombre mayor y confiado.

Él arqueó una ceja y se apoyó contra el asidero de la segadora.

—Una vez más —dijo—, con claridad.

—Tú eres de los que tiene que meterse en los negocios de los demás. Tenías que estar en el parque y hacer tu magnánima oferta cuando más necesaria era.

—Ah, un rayo de luz —dijo él, e irguió la espalda—. Ya sabía que no iba a gustarte que el dinero proviniera de mí.

—Sabías que nunca iba a permitirlo —declaró ella.

—Eso no lo he tenido en cuenta. Por lo que he visto, tú no diriges la vida de Pop, Meg, y por supuesto, tampoco la mía.

—Yo tengo un gran interés en el parque y en todo lo que tenga relación con él.

—Muy bien. Entonces, deberías estar muy contenta de que haya dinero para hacer las reparaciones rápidamente, y a muy bajo interés —dijo él, en un tono frío.

—¿Por qué? ¿Por qué nos has prestado el dinero?

—No te debo ninguna explicación.

—Entonces, te la daré yo —dijo ella acaloradamente—: Viste la oportunidad perfecta y la aprovechaste. Supongo que es lo que hace la gente en tu mundo. Tomar, sin preocuparse lo más mínimo de la gente que está involucrada.

—Tal vez me haya confundido, pero me da la impresión de que no he tomado nada, sino de que lo he dado.

—Has prestado —corrigió Megan—, con el parque como garantía.

—Si tienes algún problema con eso, habla con tu abuelo —le dijo Katch. Después se agachó para volver a poner en marcha la segadora.

—No tenías derecho a aprovecharte de él. Él confía en todo el mundo.

—Es una pena que no sea una virtud hereditaria —replicó él, y soltó el cordel de la segadora con irritación.

—Yo no tengo ningún motivo para confiar en ti.

—Y parece que tienes todos los motivos para desconfiar, desde el primer momento. ¿Es sólo conmigo, o sientes antipatía por todos los hombres en general?

—Tú quieres el parque —dijo ella.

—Sí, eso lo he dejado bien claro desde el principio —respondió Katch, y apartó la segadora para que no hubiera ningún obstáculo entre ellos—. Y todavía tengo intención de quedármelo, pero no necesito ser engañoso al respecto. Y todavía tengo intención de conseguirte a ti.

Ella retrocedió, pero él fue más rápido. La agarró por el brazo y dijo:

—Tal vez cometiera un error al dejarte marchar la otra noche.

—No me deseabas. Esto sólo es un juego.

—¿Que no te deseaba? —preguntó Katch, mientras ella intentaba zafarse—. No, claro, no te deseaba —añadió, y la estrechó contra su cuerpo para besarla. Ella se quedó tan asombrada que la cabeza comenzó a darle vueltas—. Y ahora tampoco te deseo —antes de que ella pudiera hablar, él volvió a besarla, casi con brutalidad—. Y no llevo días deseándote.

Entonces, la tendió en el suelo.

—No —murmuró Megan asustada—. No lo hagas.

Pero sus labios la silenciaron de nuevo.

No hubo persuasión, ni juegos, como los que él había usado antes, ni tampoco aquella arrogancia ligera. Aquello fue una exigencia básica que suscitó respuestas básicas de ella. Él

tomó lo que quería, a su manera, y la arrastró consigo mientras corría por más y más. Entonces, abandonó sus labios y comenzó a besarle el cuello, y Megan gimió, como si se estuviera ahogando, acalorada. Él le trazaba, con los dedos, un rastro ardiente en la piel. Pasó el pulgar por su pezón hasta que ella superó el miedo y perdió todo pensamiento coherente. Él volvió a besarla, con ardor, con desesperación, y ella emitió murmullos mientras se aferraba a él entre estremecimientos de deseo.

Katch alzó la cabeza entonces, y Megan abrió los ojos con una mirada apasionada. Había olvidado el orgullo, la vergüenza, y estaba a merced de una necesidad y un amor tan fuertes que le resultaban dolorosos.

—Este no es lugar para ti —dijo él con la voz ronca, y se apartó de ella, tumbándose de espaldas. Se quedaron inmóviles durante un momento, uno junto al otro, sin tocarse—. Ni tampoco es modo.

—Katch —susurró ella, y se incorporó con esfuerzo.

Él siguió mirando su cuerpo, y después, de una manera inquietante, fijó los ojos en su rostro. Ella estaba ruborizada, alerta. Quería acariciarlo, pero sentía temor.

—¿Te he hecho daño? —le preguntó Katch.

Megan negó con la cabeza. Le dolía el cuerpo de deseo.

—Entonces, vete a casa —dijo él, y se levantó. La miró por última vez y añadió—: Antes de que te lo haga.

Después se dio la vuelta y se alejó. Megan oyó que la cocina se cerraba de un portazo.

Capítulo 8

Para Megan era difícil soportar la avalancha de turistas de aquellas dos semanas. Llegaban, como cada Semana Santa, en oleadas. Era el anticipo del verano. Acudían a cocerse en la playa, y a impresionar a los que se quedaban en casa con un bronceado primaveral. Acudían para dejarse golpear por las olas, y a divertirse, y a reírse, y buscaban el entretenimiento en las salas de videojuegos, en los parques acuáticos y en los parques de atracciones.

Por primera vez en su vida, Megan sintió rechazo hacia aquella invasión. Prefería la soledad y la calma que reinaban en aquel pueblo en temporada baja. Quería estar sola, trabajar, sanarse. Le parecía que su arte era lo único que podía reconfortarla. No quería hablar de sus sentimientos con su abuelo. Todavía tenía muchas cosas que aclararse a sí misma. Conociéndola, y sabiendo que ella necesitaba estar a solas, Pop no le preguntaba nada.

Pasaba las horas en el parque de un modo mecánico.

Todas las caras que veía eran extrañas, y Meg se sentía molesta. Le molestaba que se divirtieran cuando su propia vida era un caos. Sólo encontraba consuelo en su estudio. Si la luz se quedaba encendida hasta más tarde de la medianoche, ella no se daba cuenta. Tenía una energía ilimitada, una energía trémula y nerviosa que la mantenía en funcionamiento.

Megan estaba en el tióvivo, recogiendo las entradas y ocupándose de que los niños más activos no pasaran por encima de los demás. Cada vez que los camiones de bomberos, los coches de carreras, los vehículos de policía y las ambulancias se llenaban, ella presionaba una palanca que ponía en marcha la caravana. Los niños sonreían como locos, y se agarraban al volante de su coche.

Un pequeño era el jefe de bomberos, y tenía los ojos muy abiertos, llenos de placer y de asombro. Aunque llevaba varias horas trabajando, Megan sonrió.

—Disculpe.

Megan se dio la vuelta, lista para contestar las preguntas de alguna madre. Era una mujer muy bella, rubia, de rasgos delicados.

—Eres Megan, ¿verdad? ¿Megan Miller?

—Sí. ¿En qué puedo ayudarte?

—Soy Jessica Delaney.

Megan se preguntó cómo no lo había visto inmediatamente.

—La hermana de Katch.

—Sí —dijo Jessica con una sonrisa—. Qué lista. Aunque Katch ya me lo había dicho. Nos parecemos, claro, pero la gente no se da cuenta de que somos hermanos hasta que nos ve juntos.

Los ojos de escultora de Megan distinguían la similitud de la estructura ósea bajo las diferencias superficiales. Jessica tenía los ojos azules, y las cejas más delicadas que las de su hermano, pero también tenía las mismas pestañas y los mismos párpados.

—Me alegro de conocerte —dijo Megan—. ¿Estás visitando a Katch?

—Sí, durante uno o dos días. Estoy con mi familia —respondió Jessica—. Te presento a Rob, mi marido —dijo, y Megan sonrió a un hombre alto y moreno, de rostro anguloso y atractivo—. Y

a mis hijas, Erin y Laura —terminó Jessica, y señaló con la cabeza a dos niñas de pelo castaño de unos cuatro y seis años.

—Son muy guapas —dijo Megan.

—Gracias —respondió Jessica—. Katch no sabía en qué lugar del parque podíamos encontrarte, pero te describió muy bien.

—¿Ha venido él? —preguntó Megan.

—No, tenía que ocuparse de unos negocios.

En aquel momento sonó el timbre que avisaba del final del tiempo de la atracción.

—Discúlpame un momento —murmuró Megan. Agradeciendo aquella interrupción, se ocupó de que los niños bajaran y subieran de la atracción sin ningún contratiempo. Eso le dio tiempo suficiente para recuperarse. Sus dos últimas clientas eran las sobrinas de Katch. Erin, la mayor, le sonrió con unos ojos idénticos a los de su tío.

—Yo conduzco —dijo con seguridad, mientras su hermana se sentaba a su lado—. Ella sólo va de pasajera.

—No, no —protestó Laura, y se agarró al volante.

—Es de familia —dijo Jessica, detrás de Megan—. La obstinación —Megan les puso los cinturones de seguridad a las niñas y volvió a los controles—. Seguramente lo habrás notado.

Megan sonrió.

—Una o dos veces —dijo.

Las luces y el ruido comenzaron otra vez, y el carrusel se puso a girar.

—Sé que estás ocupada —dijo Jessica, mirando los cochecitos llenos de niños.

Megan se encogió de hombros.

—Lo más importante es que nadie se quede atado en ningún cochecito y que todos estén contentos.

—Mis angelitos —dijo Jessica— van a salir corriendo hacia la próxima atracción en cuanto acabe ésta —dijo—. ¿Te importaría que habláramos cuando hayas terminado?

Megan frunció el ceño.

—Bueno, sí, supongo que sí. Salgo dentro de una hora.

—Muy bien —respondió Jessica, con una sonrisa tan encantadora como la de su hermano—. Me gustaría ver tu estudio, si te parece bien. Podemos quedar allí dentro de una hora y media.

—¿En mi estudio?

—¡Estupendo! —dijo Jessica, y le dio unos golpecitos a Megan en el dorso de la mano—. Katch me dio la dirección.

El timbre sonó de nuevo, y le recordó su deber a Megan. Mientras ponía en marcha nuevamente el tióvivo, se preguntó por qué querría Jessica citarse con ella en su estudio.

Megan oyó el ruido de un coche y se acercó a la ventana. Vio a Jessica bajar del Porsche de Katch, y volvió a preguntarse por qué. ¿Qué podía querer aquella mujer? Ella no había sabido nada de Katch desde hacía dos semanas. ¿Por qué quería verla su hermana, de repente?

Megan llegó a la puerta del garaje antes que Jessica, que había estado admirando el patio despreocupadamente.

—Hola —le dijo. Se sintió torpe, poco sofisticada. Vaciló durante un instante antes de alejarse

de la puerta.

—Qué sitio más precioso —dijo Jessica con una sonrisa—. Ojalá mis azaleas estuvieran como las tuyas.

—Pop... Las cuida mi abuelo.

—Sí —dijo Jessica—. He oído hablar muy bien de tu abuelo. Me encantaría conocerlo.

—Todavía está en el parque —respondió Megan. Estaba empezando a relajarse. Claramente, el encanto era algo que tenían en común los miembros de la familia Katcherton—. ¿Te apetecería tomar un café? ¿O un té?

—Tal vez más tarde. Vamos al estudio, ¿te parece? —dijo Jessica alegremente, mientras se dirigía hacia el garaje y comenzaba a subir las escaleras.

—Si no te importa que te lo pregunte, Jessica, ¿cómo sabías que tengo un estudio, y que está sobre el garaje?

—Me lo dijo Katch. Me cuenta muchas cosas —respondió Jessica, y se detuvo junto a la puerta, para esperar a que Megan la abriera—. Estoy impaciente por ver tu obra. Yo intento hacer mis pinitos con el óleo, de vez en cuando.

—¿De veras? —preguntó Megan. Ahora, el interés de Jessica por sus esculturas tenía más lógica. Era una especie de afinidad artística.

—Sí. Aunque me temo que pinto mal, lo cual es una gran frustración para mí —dijo Jessica, y la sonrisa de los Katcherton apareció de nuevo en su rostro.

Megan tuvo una reacción inesperada y rápida. Se puso a buscar torpemente el pomo de la puerta.

—Yo nunca he tenido mucha suerte con el lienzo —dijo rápidamente. Necesitaba palabras que ocultaran algo que, seguramente, era muy evidente—. No hay nada que me salga como quiero —continuó, mientras entraban al estudio—. Es exasperante no poder expresarse como uno quiere. Yo trabajo un poco con el aerógrafo durante el verano, pero...

Jessica no la estaba escuchando. Se estaba moviendo por la estancia del mismo modo que lo había hecho su hermano, con suma atención, con elegancia, en silencio. Tocó suavemente una o dos piezas, tomó otra entre las manos. Después estudió con tanta intensidad un pequeño unicornio de marfil, que Megan se sintió nerviosa.

¿Qué estaba haciendo? ¿Y por qué?

Los rayos del sol salpicaban el suelo. La luz del atardecer iluminaba las motas de polvo que bailaban en el ambiente. De repente, Megan recordó el busto de Katch. Uno de aquellos rayos caía de pleno sobre él, y marcaba los planos que ya había definido con el cincel.

Aunque todavía no estaba terminado, era Katch, inconfundiblemente. Megan caminó hasta ponerse ante él, con la esperanza de poder ocultárselo a su hermana.

—Katch tenía razón —murmuró Jessica. Todavía tenía el unicornio entre las manos—. Siempre tiene razón. Normalmente eso me molesta mucho, pero esta vez no.

—¿Tiene razón con respecto a qué? —preguntó Megan.

—Con respecto a tu talento extraordinario.

—¿Cómo? —preguntó Megan, con los ojos abiertos como platos.

—Katch me dijo que tu obra era excepcional —respondió Jessica, mientras hacía un último examen del unicornio y lo dejaba en su sitio—. Yo lo comprobé cuando recibí las dos piezas que me envió, pero después de todo, sólo eran dos —dijo. Tomó un cincel y dio unos golpecitos contra

la palma de su mano, distraídamente, mientras seguía paseando la mirada por el estudio—. Esto es asombroso.

—¿Te envió las esculturas que me compró?

—Sí, hace unas semanas. Me quedé muy impresionada —dijo Jessica. Dejó el cincel en su sitio y se acercó a un estudio, realizado en piedra caliza, de una mujer que emergía del mar. Era la pieza en la que estaba trabajando Megan antes de dejarla a un lado para comenzar el busto de Katch—. ¡Es fabulosa! Me la voy a llevar también, junto al unicornio. La respuesta hacia las dos piezas que me envió Katch ha sido muy favorable.

—No entiendo de qué hablas —dijo Megan—. ¿Qué respuesta?

—La de mis clientes —contestó Jessica con una sonrisa resplandeciente—. ¿No te había dicho que tengo una galería de arte en Nueva York?

—No —respondió Megan—. No, no me lo habías dicho.

—Supongo que pensaba que te lo había dicho Katch. Entonces, será mejor que empiece por el principio.

—Te lo agradecería.

—Katch me envió tus dos esculturas hace unas semanas —dijo Jessica—. Quería conocer mi opinión profesional. Tal vez no se me dé bien el óleo, pero sé lo que es el arte. Como siempre supe que no iba a ganarme la vida de artista, abrí una galería en Manhattan. Se llama Jessica's. Durante seis años he conseguido una buena clientela —explicó con una sonrisa—. Así que, cuando mi hermano errante vio tu trabajo, me lo envió. Él siempre hace que un experto verifique su instinto, y después se sale con la suya pase lo que pase. Da la casualidad que sé que el año pasado le aconsejaron que no construyera un hospital en África Central, pero él lo hizo de todos modos. Hace lo que quiere.

—Un hospital —dijo Megan con aturdimiento.

—Sí, un hospital infantil. Los niños son su punto débil. También ha hecho algunas cosas asombrosas por los refugiados huérfanos de varios países en guerra. Y construyó un parque fabuloso en Nueva Gales del Sur.

Megan se quedó asombrada, y se sentó de golpe en una silla que había a su lado. ¿Estaban hablando del mismo David Katcherton a quien ella conocía? ¿Era aquél el hombre que la había abordado con tanto descaro en un supermercado?

Recordó, con incomodidad, que ella lo había acusado de intentar engañar a su abuelo. Había intentado convencerse a sí misma de que era un oportunista, un hombre echado a perder por su dinero y su belleza, un irresponsable, un hombre que sólo buscaba su propia satisfacción.

—No lo sabía —murmuró—. No sabía nada de eso.

—Bueno, Katch es muy discreto cuando le conviene. Y a ese tipo de cosas no les da publicidad. Tiene una energía increíble y una seguridad en sí mismo que a veces es indignante. Sin embargo, también es muy buena persona —dijo Jessica, y miró por encima del hombro de Megan—. Aunque parece que tú lo conoces bien.

Durante un instante, Megan miró a Jessica sin comprenderla. Entonces, volvió la cabeza y vio el busto de Katch. Se le había olvidado que quería ocultarlo. Se giró lentamente hacia Jessica, intentando mantener la calma.

—No. No, en realidad no lo conozco en absoluto. Pero tiene un rostro fascinante, y no pude resistir la tentación de esculpirlo.

—Es un hombre fascinante —respondió Jessica con los ojos brillantes.

Megan desvió la mirada.

—Lo siento —dijo Jessica inmediatamente—. Me he metido en donde no me llaman. Es una mala costumbre que tengo. No hablaremos sobre Katch. Vamos a hablar sobre tu exposición.

Megan volvió a alzar la mirada.

—¿Mi qué?

—Tu exposición —repitió Jessica—. ¿Cuándo crees que tendrás suficientes piezas preparadas? Aquí tienes un buen número de ellas, y Katch me dijo algo de que tienes otras en una galería del pueblo. Creo que podríamos organizado para el otoño.

—Por favor, Jessica, no sé de qué estás hablando —dijo Megan en tono de pánico. Era un pánico disimulado, pero Jessica lo detectó. Entonces, se acercó a Megan y le tomó las manos.

—Megan, tienes algo especial y poderoso. Ya es hora de que lo compartas —dijo. Entonces se puso en pie y levantó a Megan con ella—. Vamos a tomar un café ahora, ¿te parece? Y hablaremos de ello.

Una hora más tarde, Megan estaba sentada a solas en la cocina, envuelta en la oscuridad. Sin embargo, no se levantó para encender la luz. Había dos tazas en la mesa, una medio llena de café frío, y la de Jessica, vacía. Megan intentó ordenar en su cabeza todo lo que había sucedido durante los últimos sesenta minutos.

Una exposición en Jessica's, una galería de arte de Manhattan. Nueva York. Una exposición de su obra.

Aquello no había sucedido. Se lo había imaginado. Entonces, miró la taza vacía que tenía frente a sí. El aire todavía olía al perfume suave y sofisticado de Jessica.

Megan tomó ambas tazas, las llevó al fregadero y comenzó a aclararlas mecánicamente. ¿Cómo era posible que la hubiera convencido? Estaba diciendo que sí a los detalles y a las fechas antes de haber accedido a hacer la exposición. ¿Alguien podía decirle que no a un Katcherton? Suspiró y se miró las manos mojadas. Tenía que llamarlo. Lo sabía, y eso incrementó su sensación de pánico. Tenía que hacerlo.

Dejó las tazas en el escurridor cuidadosamente. Tenía que darle las gracias. Estaba muy nerviosa. Se secó las manos en los pantalones vaqueros y se acercó al teléfono. Marcó su número, que conocía de memoria, y después de cuatro interminables tonos, él respondió.

—¿Diga?

Ella cerró los ojos.

—¿Meg?

—Sí... yo... Espero no llamar en un mal momento.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, claro. Katch, quería hablar contigo. Tu hermana ha estado aquí, y...

—Ya lo sé, ha vuelto hace poco rato. ¿Ocurre algo?

—No, no ocurre nada —respondió Megan, y como no podía calmarse, buscó una forma rápida de terminar con aquella conversación.

—¿Estás sola?

—Sí, yo...

—Estaré ahí en diez minutos.

—No —dijo Megan, y con frustración, se pasó la mano por el pelo—. No, por favor.

—Diez minutos —repitió él, y colgó.

Capítulo 9

Megan se quedó mirando el auricular durante unos instantes. ¿Cómo había podido enredar tanto las cosas con unas cuantas frases inconclusas? No quería que Katch fuera a su casa. No quería volver a verlo.

No. Aquello era mentira.

Colgó lentamente. Quería verlo, y tenía que admitirlo. Llevaba días deseando verlo. Sin embargo, tenía miedo. Se dio la vuelta y miró a su alrededor por la cocina, que estaba en penumbra. La mesa y las sillas eran sombras oscuras. Fue hacia el interruptor, evitando los obstáculos con el conocimiento de los años. La habitación se inundó de claridad. Así estaba mejor, pensó, más segura con la luz artificial. Café. Necesitaba hacer algo para ocupar las manos. Haría café.

Megan comenzó a prepararlo paso por paso, pero continuó con los nervios a flor de piel. En un momento se calmaría. Cuando él llegara, ella le diría lo que tenía que decirle, y después se separarían.

Sonó el teléfono, y Megan dio un respingo. Estuvo a punto de caérsele la taza que tenía entre las manos. Se reprendió a sí misma y descolgó el auricular.

—Hola, Megan —dijo Pop alegremente, al otro extremo de la línea.

—Pop, ¿todavía estás en el parque?

—Por eso te llamaba. George ha pasado a verme. Vamos a ir a cenar al pueblo. No quería que te preocuparas.

—No, no —dijo ella, y sonrió—. Supongo que George y tú tendréis que contaros muchas historias de pesca.

—Las tuyas han aumentado desde que se jubiló —dijo Pop—. Eh, ¿por qué no vienes con nosotros, cariño? Te invitamos.

—Lo único que queréis es tener público —dijo ella, y su sonrisa se amplió al oír la risotada de Pop—. Pero esta noche no puedo, gracias. Creo que quedan unos espaguetis en la nevera.

—Te llevaré el postre. ¿Qué quieres?

—Sorbete Arco Iris —dijo ella al instante—. Que lo paséis bien.

—Gracias, cariño. No trabajes hasta muy tarde.

Cuando colgó, Megan se preguntó por qué no le había contado a Pop que Katch iba a visitarla. ¿Y por qué no le había dicho nada de Jessica, y de los planes increíbles que habían hecho? Iba a esperar hasta que pudieran sentarse a hablar de verdad. Era la única manera que tenía de saber cómo se sentía de verdad su abuelo, y cómo iban a afectarle todas aquellas cosas.

Seguramente no era buena idea. Megan empezó a preocuparse. Era una locura. ¿Cómo iba a ir ella a Nueva York?

De repente, el flogonazo de los focos de un coche en la ventana de la cocina la sacó de su enfrascamiento. Se esforzó por recuperar la compostura. Fue hacia el armario para cerrarlo, y después, hacia la puerta mosquitera.

Katch subió el escalón justo cuando ella posaba la mano en el pomo. Durante un momento se observaron en silencio, se estudiaron. Por fin, él abrió y, antes de cerrar de nuevo, a su espalda, le acarició la mejilla a Megan, mientras la miraba atentamente.

—Parecía que estabas disgustada.

—No, no. Estoy bien. Siento haberte molestado...

—Megan, déjalo —dijo él—. Deja de defenderte de mí. Deja de disculparte.

Ella movió las manos sin poder evitarlo.

—Estoy haciendo café —balbuceó—. Estará listo en un minuto —añadió, y se hubiera dado la vuelta para preparar las tazas y los platos, pero él la tomó del brazo.

—No he venido a tomar café.

Él deslizó la mano hacia abajo, hasta que le agarró la muñeca y notó su pulso contra los dedos.

—Katch, por favor, no lo hagas difícil.

Entonces, Katch la soltó.

—Disculpa. Durante estas dos semanas he lamentado mucho lo que ocurrió la última vez que nos vimos —le dijo, y se dio cuenta de que ella enrojecía. Se metió las manos en los bolsillos y continuó—: Megan, me gustaría compensarte.

Megan negó con la cabeza. Se sintió muy agitada al notar la gentileza de su voz, y se dio la vuelta hacia la cafetera.

—¿No quieres perdonarme?

Al oír su pregunta, Megan se giró hacia él con una expresión de desconcierto.

—No... es decir, sí, claro que sí. Ya está olvidado.

Entonces, él posó las manos sobre sus hombros, y ella se sobresaltó.

—¿De veras? Parece que no soportas que te toque. No me gusta pensar que te doy miedo.

—No me das miedo, Katch. Lo que pasa es que me confundes constantemente.

—No tenía intención de causarte confusión. Lo siento, Megan.

—Sí —le dijo ella con una sonrisa, al percibir su sinceridad—. Sé que lo sientes.

Entonces, él la atrajo hacia sí.

—¿Podemos besarnos y hacer las paces?

Megan iba a protestar, pero él ya la estaba besando, con delicadeza. A ella se le aceleró el corazón. Él no hizo ademán de profundizar aquel beso, y no le apretó los hombros. Pese a todas las advertencias que le hacía su mente, Megan se relajó contra él y le invitó a que tomara todo lo que quisiera. Sin embargo, él no tomó nada más.

La apartó de sí y esperó a que ella abriera los ojos. Después le acarició el pelo. Sin decir nada, se dio la vuelta y se acercó a la ventana. Megan se fue hacia la cafetera.

—Quería hablar contigo sobre tu hermana —le dijo—. O, más exactamente, de lo que me contó.

Katch giró la cabeza, y vio que ella servía café en las tazas. Caminó hasta la nevera y sacó la leche.

—De acuerdo —le dijo. Sirvió leche en una de las tazas, y después, cuando ella asintió, también en la otra.

—¿Por qué no me dijiste que ibas a enviarle las piezas a tu hermana?

—Me pareció que era mejor esperar a conocer su opinión —respondió Katch. Se apoyó en la encimera, junto a Megan, y tomó la taza con ambas manos—. Yo confío en ella, y pensé que tú te fiarías más de su opinión que de la mía. ¿Vas a hacer la exposición? Jessica y yo no hemos tenido tiempo de hablar de ello antes de que llamas.

—Es muy persuasiva. Había accedido a hacerla antes de darme cuenta.

—Bien —dijo Katch, y tomó un sorbo de café.

—Quiero darte las gracias por organizar las cosas.

—Yo no he organizado nada —respondió él—. Jessica toma sus decisiones, tanto personal como profesionalmente. Yo sólo le envié tus esculturas para saber qué pensaba.

—Entonces, te doy las gracias por eso, por hacer un movimiento que yo nunca habría hecho por los cientos de motivos que se me ocurrieron durante los cinco minutos siguientes a que ella se marchara.

Katch se encogió de hombros.

—De acuerdo. Si estás empeñada en sentir agradecimiento.

—Pues sí. También estoy asustada. Me asusta mucho pensar en exhibir mis obras —admitió Megan con un suspiro—. Tal vez te odie cuando todo esto termine y los críticos destrocen mi ego, así que será mejor que aceptes ahora mi gratitud.

Katch le acarició la mejilla.

—Cuando tengas un éxito rotundo, puedes darme las gracias otra vez —dijo.

Él sonrió, y ella se dio cuenta de lo vacío que había estado el mundo sin su presencia.

—Me alegro mucho de que hayas venido —susurró, y lo abrazó, y descansó la cara contra su hombro. Después de un momento, él le puso las manos en la cintura—. Siento mucho las cosas que te dije sobre el préstamo. No lo pensaba, pero digo cosas horribles cuando estoy de mal humor.

—¿Y ahora ha llegado el momento del arrepentimiento?

La hizo reír.

—Sí —dijo Megan, y echó la cabeza hacia atrás, con una sonrisa.

Katch la besó, y después se alejó. Ella lo soltó de mala gana, y él la miró en silencio.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Megan con azoramiento.

—Memorizar tu cara. ¿Has cenado?

Megan cabeceó. No debía sorprenderse por el hecho de que él continuara desconcertándola.

—No. Iba a calentar unas cuantas sobras.

—Inaceptable. ¿Te apetece una pizza?

—Ummm, me encantaría, pero tienes visita.

—Jessica y Rob se han llevado a las niñas a jugar al minigolf. No me van a echar de menos —dijo Katch, y le tendió las manos—. Vamos.

Él tenía una sonrisa en los ojos, y ella perdió el corazón por completo.

—Está bien. Espera.

Rápidamente, Megan escribió un mensaje en la pizarra que había junto a la puerta: *He salido con Katch*. Era suficiente.

Capítulo 10

Katch recorrió Ocean Boulevard, entre el tráfico de turistas. La gente llevaba las ventanillas bajadas y la radio del coche encendida. Había risa y música por todas partes. A lo lejos se veían las luces azules y rojas de la noria. En las terrazas de los hoteles había toallas de colores secándose, y a la izquierda, se atisbaba el mar, entre los edificios.

Después de tomar una pizza y una copa de vino tinto, Megan se encontraba relajada y contenta, y se acomodó en el cuero suave del asiento del coche.

—Todo se tranquilizará después del fin de semana —comentó—. Hasta el Día del Memorial.

—¿Nunca te sientes como si te hubieran invadido? —le preguntó Katch, señalando el tráfico.

—Me gusta la multitud —dijo ella, y después se rió—. Y también me gusta el invierno, cuando la playa está vacía. Supongo que el bullicio me atrae porque sé que los meses de invierno van a ser muy solitarios.

—Entonces, es cuando tú tienes tiempo para dedicarte a la escultura.

—También hago un poco en verano, cuando puedo. Me olvidé del tiempo cuando Jessica me estaba hablando de la exposición, y de todos esos planes... —dijo Megan, y frunció el ceño—. No sé cómo voy a preparar las cosas.

—No te estarás echando atrás, ¿verdad?

—No, pero... —empezó a decir ella, pero al ver la mirada de Katch, se tragó las excusas—. No. No me estoy echando atrás.

—¿En qué estás trabajando ahora?

—Eh... —Megan se puso a mirar por la ventanilla, pensando en el busto de Katch, que estaba a medio terminar—. Sólo es un... una talla de madera.

—¿De qué?

Megan emitió unos cuantos sonidos guturales hasta que Katch se giró a mirarla con una sonrisa.

—De un pirata —dijo ella—. Es la cabeza de un pirata.

—Me gustaría verla.

—No está lista —respondió Megan rápidamente—. Casi no he terminado todavía el modelo de arcilla. Y de todos modos, tal vez tenga que dejarlo si quiero preparar el resto de las piezas para tu hermana.

—Meg, ¿por qué no dejas de preocuparte y disfrutas?

—¿Disfrutar?

—Sí, disfrutar —respondió Katch, y le revolvió el pelo.

—Ah, sí. Creo que podré disfrutar cuando haya pasado todo —dijo Megan con una sonrisa—. ¿Crees que podrás estar en Nueva York para entonces?

—Lo estoy pensando.

—Me gustaría que fueras, si puedes organizado —le dijo Megan. Él se echó a reír, agitando la cabeza, y ella añadió—: Es porque necesitaré todas las caras amigas que pueda reunir.

—No vas a necesitar nada más que tus esculturas —la corrigió Katch, con una mirada de diversión—. ¿Es que crees que no iba a querer estar presente la noche de tu presentación, para alardear de que fui yo quien te descubrió?

—No sé. Espero que no tengamos que lamentarlo —murmuró Megan, pero él se echó a reír de nuevo—. Lo que pasa es que tú no eres capaz de considerar la posibilidad de que te hayas equivocado —le espetó ella.

—No, lo que pasa es que tú no eres capaz de considerar la posibilidad de tener éxito.

Megan abrió la boca para responder, pero la cerró otra vez.

—De acuerdo —dijo—. Los dos tenemos razón.

Cuando el tráfico volvió a pararse de nuevo, Megan le tocó el hombro.

—¿Katch?

—¿Umm?

—¿Por qué construiste un hospital en África?

Entonces él se giró hacia ella, con el ceño ligeramente fruncido.

—Era necesario —dijo él.

—¿Y ya está? Jessica me dijo que te aconsejaron que no lo hicieras, y...

—Da la casualidad de que tengo una cantidad de dinero considerable —dijo él, interrumpiéndola con un movimiento del hombro, que indicaba molestia—. Hay cosas que quiero hacer, eso es todo. No me canones, Megan.

Ella se relajó de nuevo, y le acarició sin darse cuenta los rizos de la oreja.

—No se me ocurriría tal cosa, pero es mucho más fácil tenerte simpatía de lo que yo creí cuando fuiste tan molesto en el mercado.

—Intenté decírtelo —dijo él—. Pero estabas demasiado ocupada fingiendo que no tenías interés.

—No tenía interés —insistió Megan—. Ni lo más mínimo —añadió, pero al ver la sonrisa de Katch, se rió—. Bueno, no demasiado.

Entonces, él se detuvo y comenzó a aparcar junto a la acera.

—¿Qué haces?

—Vamos a ir al paseo marítimo. A lo mejor incluso te compro un *souvenir* —dijo Katch. Terminó de aparcar y salió rápidamente del coche.

—Oh, me encantan las promesas irreflexivas.

—He dicho «a lo mejor».

—No he oído esa parte. Además —añadió ella, entrelazando sus dedos con los de él—, quiero algo extravagante.

—¿Como por ejemplo?

Cruzaron la calle entre los coches, y llegaron al paseo marítimo.

—Lo sabré cuando lo vea.

El paseo estaba abarrotado de gente, de luz y de ruido. La brisa del mar era salada, y competía con el aroma de la carne a la parrilla de las casetas. En vez de entrar en una de las tiendecitas, Katch se llevó a Megan a un salón recreativo.

—Mucho hablar de regalos, pero de boquilla —dijo Megan disgustada, mientras él cambiaba dinero por fichas.

—Todavía es pronto. Toma —dijo Katch, y le entregó unas cuantas fichas—. ¿Por qué no intentas salvar a la galaxia de los invasores?

Megan esbozó una sonrisita de suficiencia y eligió una máquina. Después, echó dos fichas por la ranura.

—Yo primero.

Apretó el botón de comienzo, tomó el mando de control y empezó a eliminar al enemigo sistemáticamente, con el ceño fruncido. La pantalla se llenaba de explosiones de color a cada impacto. Katch se metió las manos en los bolsillos y observó su cara. Era mucho más interesante y divertido que los sofisticados gráficos.

Megan se mordió el labio mientras maniobraba con el mando, y entornó los ojos al ver que le disparaban con el láser. Consiguió escapar por los pelos y emitió un silbido. Sin embargo, durante todo el tiempo, conservó aquella expresión de compostura, de seriedad, que era parte de ella. Después de pasar un buen rato evitando que la alcanzara el fuego cruzado, Megan sucumbió, finalmente.

—Bueno —murmuró Katch, mirando su puntuación, mientras ella se metía las manos en los bolsillos traseros del pantalón—. Eres bastante buena.

—Es una obligación cuando eres la última esperanza del planeta.

Él se rió y la apartó para tomar el mando.

En cuanto Katch comenzó a disparar a los invasores del espacio, con tanta regularidad como ella, y con un poco más de brío, Megan reconoció su destreza. Parecía que le gustaba arriesgarse, pensó, mientras él se libraba por poco de que le hicieran volar con el láser para alcanzar a tres naves sucesiva y velozmente. A medida que su puntuación aumentaba, ella se acercaba un poco más para observar su técnica.

Al rozarle, sin querer, el brazo, Megan se dio cuenta de que perdía el ritmo durante una fracción de segundo, casi imperceptiblemente. Aquello era interesante. Sintió unas ganas irreprimibles de alterarlo, y se acercó un poco. Hubo otra breve fluctuación en sus movimientos. Entonces, ella lo besó en el hombro, suavemente, y sonrió ante su cara. Oyó, más que ver, la explosión que acababa con su nave antes de tiempo.

Katch tampoco estaba mirando la pantalla, sino a ella. Y Megan vio un brillo en sus ojos, algo caliente que apenas podía reprimirse, antes de que él soltara el mando y entrelazara los dedos en su pelo.

—Tramposa —murmuró Katch.

Durante un instante, Megan se olvidó de la cacofonía de sonidos y de la multitud que los rodeaba. Se perdió en aquellos ojos grises y en su propia sensación de poder.

—¿Tramposa? —repitió, y separó ligeramente los labios—. No sé a qué te refieres.

—A mí me parece que sí —le dijo él en voz baja—. Y creo que voy a tener que ser muy cuidadoso a partir de ahora, porque tú ya sabes lo que puedes hacerme.

—Katch —susurró ella—, a lo mejor no quiero que sigas siendo cuidadoso.

Él apartó la mano de su pelo, lentamente, le acarició la mejilla y bajó el brazo.

—Razón de más para que lo sea —dijo—. Vamos —la tomó del brazo y la alejó de la máquina—. Vamos a jugar a otra cosa.

Megan asintió. El mero hecho de estar con él la contentaba. Metieron fichas en varias máquinas y compitieron ferozmente, entre ellos, y con las computadoras. Después, ella miró mientras él ganaba puntos sin parar en el *Skee Ball*.

—¿Es que nunca pierdes? —le preguntó.

Él lanzó la siguiente bola y ganó otros cuarenta puntos.

—Intento no acostumbrarme a perder. ¿Quieres lanzar las dos últimas?

—No. Tú te lo estás pasando demasiado bien alardeando.

Katch soltó una carcajada y lanzó las dos últimas bolas. Ganó noventa puntos, y después, se inclinó para rasgar su tira de boletos.

—Sólo por haberme dicho eso, tal vez no cambie todo esto por tu *souvenir*.

—¿Eso? —preguntó Megan con una ceja arqueada—. Ibas a comprarme un *souvenir*.

—Y lo he hecho. Indirectamente —replicó él, y le pasó un brazo por los hombros mientras se encaminaba hacia el mostrador de los premios—. Veamos... tengo dos docenas. ¿Qué te parecería una de esas navajas multiusos?

—Pero, ¿para quién es el *souvenir*? —preguntó secamente Megan mientras examinaba todas las estanterías—. Me gusta esa rosita de seda —dijo, y golpeó suavemente con el dedo en el mostrador de cristal para indicar un pequeño alfiler para la solapa—. Ya tengo todas las herramientas que necesito —añadió con una sonrisa de picardía.

—De acuerdo —dijo Katch, y le hizo una seña a la mujer que había tras el mostrador. Le entregó todos los boletos, menos cuatro—: Sólo nos quedan estos. Ah... Aquello —añadió, y señaló hacia una de las estanterías.

Megan observó pensativamente la figurita que la mujer tomó de la repisa. Parecía un cruce entre pato y pingüino.

—¿Qué vas a hacer con eso?

—Dártelo —respondió Katch, y entregó el resto de los boletos—. Soy un hombre muy generoso.

—Me siento abrumada —murmuró ella, y observó la figurita en la palma de su mano, mientras Katch le prendía la rosa de seda en el cuello de la camisa—. ¿Pero qué es?

—Es un ánade real —dijo él, y volvió a pasarle el brazo por los hombros. Juntos se dirigieron a la salida del local—. Me sorprende tu actitud. Creía que tú, siendo artista, reconocerías su valor estético.

—Ummm —musitó Megan mientras observaba la figurita de nuevo. Después se la metió al bolsillo—. Bueno, reconozco que tiene cierto encanto. Y —añadió, poniéndose de puntillas para darle un beso en la mejilla— ha sido muy bonito por tu parte el gastar todas tus ganancias en mí.

Katch sonrió y le pasó la yema del dedo por la nariz.

—¿Y lo mejor que se te ocurre es darme un beso en la mejilla?

—A cambio de un pingüino, sí.

—Es un ánade real —le recordó él.

—Lo que sea.

Megan se echó a reír y le rodeó la cintura con un brazo mientras atravesaban el paseo marítimo y bajaban a la arena de la playa, bajo la media luna y las estrellas.

Ella se remangó el bajo de los pantalones, y Katch hizo lo mismo. Se mojaron los tobillos con las pequeñas olas de la orilla a medida que comenzaban a caminar hacia el norte, hasta que la música y las risas de la gente se convirtieron en un eco de fondo.

—Tu hermana es muy guapa. Como tú me dijiste —comentó Megan.

—Jessica siempre fue una belleza —dijo él, asintiendo distraídamente—. Un poco cabezota, pero una belleza.

—Conocí a tus sobrinas en el parque de atracciones —dijo Megan, elevando la cara para que el viento se la acariciara—. Tenían la cara manchada de chocolate.

—Típico —Katch se rió, y le acarició el brazo mientras caminaban. Megan comenzó a sentir el zumbido de la sangre bajo la carne—. Antes de que salieran al minigolf, estaban escarbando en busca de gusanos. Mañana tengo que llevarlas de pesca.

—Te gustan los niños.

—Sí. Son una aventura constante, ¿no crees?

—Veo muchísimos en el parque, todos los veranos, pero nunca dejan de asombrarme —dijo Megan, y miró a Katch con una sonrisa—. También veo a padres desbordados.

—¿Cuándo perdiste a los tuyos?

Katch vio una ráfaga de sorpresa en los ojos de Megan, antes de que ella bajara la vista hacia la arena.

—Tenía cinco años.

—Entonces, te resultará difícil recordarlos.

—Sí. Tengo algunos recuerdos vagos. Supongo que son impresiones. Pop tiene fotografías, claro. Cuando los veo, siempre me sorprende lo jóvenes que eran.

—Debió de ser muy duro para ti crecer sin ellos —murmuró Katch.

—Lo habría sido sin Pop. Él me compensó por todo. Uno de mis mejores recuerdos de él es un día que estaba luchando por plancharme un vestido de organdí rosa, para una fiesta. Yo tenía ocho o nueve años, creo —contó Megan, y sacudiendo la cabeza, se rió—. Todavía puedo verlo.

Katch hizo que se detuvieran; le rodeó la cintura con los brazos y la estrechó contra sí.

—Yo también.

—Estaba allí, enfrentándose a los volantes, y jurando como un marinero porque no sabía que yo lo estaba espiando. Todavía lo adoro por eso —murmuró—. Sólo por eso.

Katch le besó el pelo.

—Y me imagino que poco después, le dijiste que no te importaban nada los vestidos de fiesta. Megan se sorprendió.

—¿Cómo lo sabes?

—Te conozco —dijo Katch, y lentamente, trazó la forma de su rostro con los dedos.

—¿Es que acaso soy tan simple?

—No. Podría decirse que te he estudiado.

—¿Por qué?

Katch negó con la cabeza y le acarició el pelo.

—Nada de preguntas esta noche —le dijo en voz baja—. Todavía no tengo las respuestas.

—Nada de preguntas —repitió Megan.

Después, se puso de puntillas para besarlo.

Fue un beso suave, de renovación. Megan notó su ternura. Parecía que él la valoraba mucho, que la consideraba algo precioso y raro. La abrazó con cuidado, como si se fuera a romper con la presión más ligera. Megan separó los labios, y fue ella quien entró primero en su boca y jugueteó con su lengua. El sonido de placer que emitió Katch hizo que se sintiera cálida. Sintió el agua fresca en la piel, en las pantorrillas.

Ella le acarició la espalda y pasó sus dedos fuertes, de escultora, por su nuca. Allí había tensión, y Megan le murmuró unas palabras contra los labios, como si quisiera relajarlo. Sintió su resistencia, y también sintió que la agarraba con más fuerza. Entonces, ciñó su cuerpo contra el de él, con más exigencias.

La pasión comenzó a arder lentamente. Megan sabía que la estaba creando en él, aunque sin su consentimiento. Se quedó maravillada ante su poder. Katch estaba conteniéndose, permitiéndola marcar su ritmo, pero ella notaba la intensidad de su deseo. Era una tentación. Quiso mermar su poder, como él había debilitado el suyo. Quería que él la necesitara tan ciegamente como ella lo necesitaba a él. No podía obligarlo a que la amara, pero podía obligarlo a que la deseara. Era todo lo que podía conseguir de Katch, y tendría que conformarse con su pasión.

Megan notó que él perdía el dominio de la situación. La abrazó con fuerza y la estrechó de modo que formaron una sola figura. El beso se volvió más duro, más urgente. Entonces él le agarró la cabeza y tomó el mando. El fuego había comenzado a arder con ímpetu, y Megan notó el calor en la sangre. Le atrapó el labio inferior entre los dientes y oyó su gemido. Entonces, bruscamente, él se apartó.

—Meg.

Ella esperó. No sabía lo que iba a decirle. Tenía la cabeza inclinada hacia atrás, con la cara abierta a la de él, con el pelo volando en la brisa. Se sentía increíblemente fuerte. Él tenía los ojos casi negros, y estaba mirándola con intensidad. Ella notó su respiración acariciándole los labios.

—Meg —repitió Katch, y bajó las manos hasta sus hombros, lentamente—. Ahora tenemos que irnos.

Megan se atrevió a hacer algo que le habría parecido imposible: volvió a besarlo. Sus labios estaban suaves, llenos de hambre, y consiguieron una respuesta instantánea en él.

—¿Es eso lo que quieres? —murmuró—. ¿Quieres dejarme ahora?

Él le apretó los brazos y volvió a apartarla de sí.

—Sabes cuál es la respuesta —murmuró con la voz ronca—. ¿Es que estás intentando volverme loco?

—Puede que sí —dijo ella, presa del deseo. Le ardía en los ojos mientras lo miraba—. Tal vez sí.

Entonces Katch la abrazó, y ella notó los latidos acelerados y furiosos de su corazón. Supo que él estaba a punto de perder el control. Sus labios estaban a tan sólo un suspiro de distancia.

—Habrá un momento —le dijo él suavemente—. Te lo juro, habrá un momento en que sólo estaremos tú y yo. La próxima vez, Meg. No lo olvides.

Ella no tuvo que esforzarse por sostenerle la mirada. Todavía se sentía poderosa.

—¿Eso es una advertencia?

—Sí —dijo él—. Exactamente.

Capítulo 11

Megan tardó dos días más en terminar el busto de Katch. Durante todo aquel tiempo, intentó separarse de las emociones y trabajar con objetividad.

Había acertado al elegir la madera. Era más cálida que la piedra. Sabía, sin engreimiento, que aquélla era una de sus mejores obras. Tal vez la mejor.

La cara no era de una belleza absoluta, pero sí fuerte y atrayente. El buen humor se plasmaba en la inclinación de las cejas y de la boca. Ella recorrió los labios con las yemas de los dedos. Eran muy expresivos, pensó, mientras recordaba su sabor y su tacto. Sabía cómo era cuando él estaba enfadado, y cuando se divertía, y cuando estaba excitado. Y sus ojos. Megan sabía cómo miraban, cómo cambiaban de color con sus emociones. Claros para el placer, oscuros con la ira, y más oscuros con la pasión.

«Conozco su rostro tan bien como el mío... Pero todavía no conozco su mente. Sigue siendo un extraño». Con un suspiro, apoyó los codos en la mesa, y la barbilla sobre las manos.

¿Le permitiría él, alguna vez, que lo conociera? Le acarició el pelo revuelto con ternura. «Jessica lo conoce, seguramente, mejor que nadie. Sabe si él ama a alguien... ».

¿Qué ocurriría si ella hiciera acopio de valor y le dijera que lo amaba? ¿Qué ocurriría si se acercara a él y le dijera «Te quiero»? Sin pedirle nada, sin esperar nada. Tal vez él tuviera derecho a saberlo. El amor era demasiado especial como para ocultarlo, supuestamente. Entonces, Megan pensó en sus ojos, llenos de lástima.

—No podría soportarlo —se dijo, y apoyó la frente en la frente de madera de Katch—. No lo soportaría —repitió.

Entonces, alguien llamó a la puerta. Megan recompuso su expresión inmediatamente y se apoyó en el respaldo de la silla.

Entró su abuelo, con la gorra de pescar puesta.

—¿Te apetece cenar pescado fresco? —le preguntó, y por su sonrisa, Megan supo que la expedición de aquel día había sido un éxito. Meganladeó la cabeza.

—Seguramente podría tragarme unos cuantos bocados —dijo complacida, al ver tan feliz a Pop. Él tenía los ojos brillantes y las mejillas sonrosadas.

Megan se puso en pie de un salto y se abrazó a su cuello, como cuando era una niña.

—¡Oh, te quiero, Pop!

—Vaya, vaya —dijo él, dándole golpecitos en el pelo, tan sorprendido como contento—. Yo también te quiero, Megan. Creo que voy a traerte truchas más a menudo.

Ella alzó la cabeza y sonrió.

—No hace falta mucho para hacerme feliz.

—No... Nunca ha hecho falta demasiado —dijo él, y le acarició la mejilla—. Tú me has dado mucha alegría durante todos estos años, Megan. Voy a echarte de menos cuando te vayas a Nueva York.

—Oh, Pop... —Megan volvió a abrazarse a él—. Sólo serán un par de meses, como mucho. Después volveré a casa. Además, podrías venir conmigo. La temporada ya habrá terminado.

—Meg, esto es un comienzo para ti. No le pongas límites.

—No, no estoy haciendo eso. No sé a qué te refieres...

—Tú vas a conseguir algo importante. Tienes mucho talento. Tienes que empezar tu vida, y yo quiero que vayas a toda máquina.

—Hablas como si no fuera a volver a casa —dijo Megan, y al mirar a su abuelo, se dio cuenta de dónde descansaban sus ojos—. Acabo de terminarlo —se humedeció los labios e intentó hablar como si no tuviera importancia—: Es bastante bueno, ¿no te parece?

—Sí, me parece muy bueno —dijo él, y la miró—. Siéntate, Megan. Necesito hablar contigo.

Ella reconoció aquel tono de voz, y se puso tensa. Obedeció sin rechistar. Después, él se sentó frente a ella.

—Hace poco te dije que las cosas cambian —comenzó Pop—. Durante casi toda tu vida sólo has estado conmigo. Nos necesitábamos el uno al otro, dependíamos el uno del otro. Teníamos el parque, que nos mantenía y nos daba trabajo. Durante estos dieciocho años, no ha habido ni un solo instante en que hayas sido una carga para mí. Me has mantenido joven. Te he visto mientras crecías, y a cada momento has conseguido que me sintiera orgulloso de ti. Ha llegado la hora del siguiente cambio.

Megan tragó saliva.

—No entiendo lo que estás tratando de decirme.

—Es hora de que salgas al mundo, Megan, y es hora de que yo te lo permita —dijo Pop. Se metió la mano al bolsillo y sacó unos papeles plegados. Después de desdoblarlos, se los dio a Megan.

Ella vaciló antes de tomarlos. En cuanto comenzó a leer, supo de qué se trataba. Cuando terminó, dijo:

—Se lo has vendido.

—Cuando firme este documento delante de ti.

Pop vio su mirada de congoja.

—Megan, escúchame. He pensado mucho en esto. Katch no es el primero que me pide que le venda el parque, y ésta no es la primera vez que lo he sopesado. Sin embargo, antes no todo encajaba tal y como yo quería. Ahora sí.

—¿Qué es lo que encaja?

—Él es el hombre adecuado, Megan, y éste es el momento adecuado. Lo supe cuando tuvimos que hacer todas esas reparaciones. Yo estoy listo para dejar que alguien más joven se haga cargo del negocio, para poder irme a pescar. Es lo que quiero ahora, Megan, una caña y un bote. Y él es el hombre a quien quiero traspasárselo.

Pop hizo una pausa, y rebuscó en su bolsillo un pañuelo. Se secó los ojos y continuó:

—Te dije que confiaba en él, y todavía confío. Dirigiré el parque para Katch, y eso no me impedirá pescar. Tendré la estimulación necesaria sin los dolores de cabeza. Y tú —añadió, secándole las lágrimas de las mejillas a su nieta—, tú necesitas soltar amarras. No puedes cumplir con tu destino si estás luchando por cuadrar las cuentas y pagar las nóminas.

—Si eso es lo que tú quieres...

—No. Tiene que ser lo que quieres tú. Por eso todavía no he firmado el documento. Y no lo haré si tú no estás de acuerdo. Tiene que ser lo mejor para los dos.

Megan se levantó y fue hasta la ventana. En aquel momento era incapaz de entender sus propios sentimientos. Sabía que, al acceder a organizar una exposición en Nueva York, había dado un paso enorme en dirección contraria a la vida que había llevado siempre. Y también sabía que,

para comenzar su propia carrera, no podía continuar aferrándose a Joyland.

El parque había representado la seguridad, su responsabilidad, su segundo hogar, como el hombre que estaba tras ella, que había sido a la vez un padre y una madre. Recordó la cara de cansancio de Pop cuando había ido a decirle que necesitaban dinero para el parque. Cuáles eran los horarios y las exigencias que les impondría la temporada de verano.

Él tenía derecho a vivir sus años de vejez como quisiera. Con menos preocupaciones y menos responsabilidad. Tenía derecho a pescar, a quedarse en la cama hasta tarde y a cuidar sus azaleas. Ella no podía negarle todo aquello por miedo a cortar el último lazo que la unía a su niñez. Su abuelo tenía razón. Había llegado el momento de cambiar.

Lentamente, se acercó a su escritorio y buscó un bolígrafo. Después se lo tendió a Pop.

—Fírmalo. Tomaremos champán con la trucha.

Pop tomó el bolígrafo, pero no dejó de mirarla.

—¿Estás segura, Meg?

Ella asintió, aunque sentía tanta seguridad por él como inseguridad por sí misma.

—Completamente.

Sonrió, y advirtió que a Pop se le iluminaba la mirada antes de inclinarse sobre el documento.

Firmó, y después le devolvió el bolígrafo para que ella pudiera figurar como testigo de la venta. Megan escribió su nombre con claridad, sin permitir que le temblara la mano.

—Supongo que debería llamar a Katch —dijo Pop, suspirando como si se hubiera librado de un gran peso—. O llevarle los papeles.

—Yo se los llevaré —respondió Megan, mientras los doblaba cuidadosamente—. Me gustaría hablar con él.

—Buena idea. Llévate la furgoneta —le sugirió Pop mientras se encaminaba hacia la puerta—. Parece que va a llover.

Megan estaba calmada cuando llegó a casa de Katch. Llevaba los papeles metidos en el bolsillo trasero del pantalón. Dejó la furgoneta detrás de su coche y salió.

No corría ni una brizna de aire, y el ambiente era pesado, cargado de una lluvia contenida. El cielo estaba encapotado y las nubes eran negras. Megan se acercó a la puerta, pero cuando llamó, como en la ocasión anterior, no obtuvo respuesta. Bajó de nuevo los escalones y rodeó la casa.

No lo encontró en el jardín, ni oyó nada salvo el sonido del mar detrás del seto. Katch había plantado un sauce joven y esbelto cerca de la loma que bajaba hacia el mar. La tierra todavía estaba removida y negra alrededor del árbol. Megan se acercó a él y lo acarició. No era más alto que ella, pero un día sería magnífico, grácil, y daría una deliciosa sombra en el verano. Por instinto, bajó desde la suave elevación hasta la playa.

Él estaba mirando al mar, con las manos en los bolsillos, observando la marea que subía rápidamente. Debió de percibir su presencia, porque se dio la vuelta.

—Estaba pensando en ti —dijo—. ¿Es que te he conjurado?

Ella se sacó los papeles del bolsillo y se los tendió.

—Es tuyo —le dijo Megan con serenidad—. Como querías.

Él ni siquiera miró los papeles, pero ella se dio cuenta de que su mirada cambiaba.

—Me gustaría hablar contigo, Meg. Vamos a casa.

—No. En realidad, ya no hay nada más de lo que hablar.

—Tal vez para ti, pero yo tengo mucho que decir. Y vas a escucharme —respondió él con

impaciencia. Megan lo notó, y se sintió como si una súbita ráfaga de viento hubiera alterado la calma.

—No quiero escucharte, Katch. Esto también es lo que quiere Pop —dijo Megan. Le puso el documento en la mano justo cuando el primer resplandor de luz atravesaba el cielo.

—Megan, espera.

Él la agarró de la mano al mismo tiempo en que Megan se daba la vuelta para marcharse. El trueno ahogó las palabras Katch.

—¡No voy a esperar! —le gritó ella, tirando del brazo para zafarse de él—. Y suéltame. Ya tienes lo que querías, ya no me necesitas.

Katch soltó un juramento, se guardó los papeles en el bolsillo y la alcanzó antes de que ella hubiera dado tres pasos. Hizo que se girara hacia él.

—No puedes ser tan tonta.

—No me digas lo tonta que soy —replicó Megan, sin dejar de resistirse.

—Tenemos que hablar. Tengo que decirte unas cosas. Es importante —insistió Katch.

—¿Es que no entiendes un simple «no»? —gritó ella de nuevo, compitiendo con el aire y con el sonido de las olas—. No quiero hablar. No quiero oír lo que tengas que decirme. No me importa.

Entonces comenzó a llover. Las nubes dejaron caer un chaparrón que los empapó al instante.

—Pues lo siento —replicó Katch, que estaba tan enfadado como ella—, pero vas a tener que oírme. Vamos dentro.

Entonces, comenzó a tirar de ella por la arena, pero ella consiguió soltarse.

—¡No! —gritó—. No quiero entrar.

—Pues vas a hacerlo.

—¿Y cómo vas a obligarme? ¿Me vas a llevar de los pelos?

—No me tientes —dijo Katch, y volvió a tomarla de la mano. Ella se soltó de nuevo—.

Bueno, ya está bien.

Con un movimiento rápido que la pilló por sorpresa, Katch consiguió tomarla en brazos.

—¡Bájame! —le exigió Megan, retorciéndose ciega de furia.

Él le hizo caso omiso, y rápidamente, sin esfuerzo aparente, subió por la loma hasta que llegó a su casa, entre truenos, rayos y lluvia.

—¡Te odio! —gritó ella sin dejar de forcejear.

—Bien, al menos es un comienzo.

Abrió la puerta empujándola con la cadera, y después continuó a través de la cocina, hasta el salón, dejando un rastro de agua de lluvia tras ellos. Sin miramientos, la depositó en el sofá.

—Estate quieta un minuto —le ordenó, antes de que Megan pudiera recuperar el aliento.

Después fue hacia la chimenea y, con una cerilla larga, le prendió fuego al papel que había bajo los troncos. La madera, bien seca, crujió y se encendió casi al momento. Megan ya se había rehecho. Se levantó rápidamente y salió corriendo hacia la puerta. Katch la detuvo antes de que pudiera tocar el pomo. La agarró por los hombros y la apoyó contra la puerta.

—Te lo advierto, Meg, se me está acabando la paciencia. No me hartes.

—No me das miedo —le espetó ella.

—No pretendo darte miedo. Estoy intentando razonar contigo. Pero parece que tú eres demasiado terca como para callarte y escuchar.

Ella abrió unos ojos como platos, debido a la furia que sintió.

—¡No me hables así! ¡No tengo por qué aguantarlo!

—Claro que sí —respondió Katch y, habilidosamente, le sacó las llaves de la furgoneta del bolsillo—. Siempre y cuando yo tenga esto.

—Puedo ir andando —dijo Megan.

—¿Con esta lluvia?

Megan se abrazó a sí misma, entre escalofríos.

—Devuélveme mis llaves.

En vez de responder, Katch la llevó ante el fuego.

—Estás helada. Quítate esa ropa mojada.

—Ni hablar. Estás loco si piensas que voy a quitarme la ropa en tu casa.

—Como quieras.

Él se quitó la camiseta y la lanzó, con enfado, al suelo.

—Eres la mujer más cabezota, inquebrantable y persistente que he conocido.

—Gracias —dijo Megan, conteniendo con esfuerzo un estornudo—. ¿Es todo lo que querías decirme?

—No —Katch se acercó al fuego nuevamente—. Eso es sólo el principio. Hay mucho más. Siéntate.

—Entonces, tal vez sea mejor que empiece yo primero. Me equivoqué con respecto a ti en muchas cosas. No eres perezoso, ni descuidado, ni buscas la gloria. Y sí fuiste sincero conmigo —le dijo Megan, mientras se enjugaba los ojos, una mezcla de lágrimas y agua de lluvia—. Desde el principio dejaste claro que querías comprar el parque, y parece que ha sido lo mejor. Lo que ha ocurrido en este tiempo es culpa mía, por permitir que te acercaras a mí. Pero eres difícil de ignorar. Ahora tienes lo que querías, y ya ha terminado todo.

—Sólo tengo una parte de lo que quería —dijo Katch, que se acercó a ella y le tomó la melena, empapada, con la mano—. Sólo una parte, Meg.

Ella lo miró fijamente. Estaba demasiado cansada como para discutir.

—¿Es que no me puedes dejar tranquila?

—¿Dejarte tranquila? ¿Sabes cuántas veces he tenido que irme a pasear a la playa a las tres de la mañana porque el deseo que siento por ti no me dejaba dormir? ¿Sabes lo difícil que ha sido para mí dejarte marchar cada vez que te tenía entre mis brazos? —apretó los dedos alrededor de su pelo y la atrajo hacia sí.

Ella tenía los ojos muy abiertos, y estaba estremeciéndose. ¿Qué estaba diciendo Katch? No podía arriesgarse a preguntárselo, no podía arriesgarse a analizarlo. De repente, él soltó una maldición y la abrazó.

La ropa, fina y húmeda, no fue barrera suficiente para sus manos. Le moldeó los pechos mientras su boca invadía la de ella. Megan no protestó cuando él la tendió en el suelo, ni mientras le desabotonaba desesperadamente la blusa. Su piel, mojada y fría, se volvió de fuego bajo sus caricias. Él le pasó la boca hambrienta por el cuello, por el pecho.

Sólo se oían el crepitar del fuego y la lluvia golpeteando contra los cristales. Un tronco se movió en el hogar.

Megan oyó que él respiraba profundamente, largamente.

—Lo siento. Quería hablar contigo. Hay cosas que necesito decirte. Pero te necesito. Lo he

reprimido durante demasiado tiempo.

«Necesitar», pensó Megan. Se concentró en aquella palabra. La necesidad era algo muy diferente al deseo. Era algo más personal; no era exactamente amor, pero ella dejó que su corazón se aferrara a la palabra.

—No pasa nada —le dijo, mientras intentaba incorporarse. Katch no se lo permitió—. Katch...

—Por favor, Meg. Escúchame.

Ella observó su cara, y advirtió una seriedad poco común en sus ojos y en el rictus de su boca. Lo que quisiera decirle era muy importante para él.

—De acuerdo —dijo, más calmada—. Te escucharé.

—La primera vez que te vi, el primer minuto, comencé a desearte. Eso lo sabes. Y la primera vez que estuvimos juntos, me intrigaste mucho. Creía que todo se resolvería si te conseguía... Si tenía una aventura agradable y pasajera contigo durante unas semanas.

—Lo sé —respondió ella, intentando no sentir dolor al oír la verdad.

—No... No lo sabes. Dejé de pensarlo muy pronto. Cuando viniste aquí a cenar, y me dijiste que querías quedarte, no pude dejarte, y no estaba completamente seguro de por qué. Te deseaba más de lo que nunca he deseado a una mujer, pero no podía acostarme contigo.

—Katch...

—Por favor, deja que continúe. He intentado mantenerme alejado de ti, Megan. He querido convencerme de que lo que me estaba pasando eran sólo imaginaciones mías. Entonces, aparecías tú por el jardín, tan indignada y tan guapa que no podía pensar en otra cosa. Con sólo mirarte se me corta la respiración.

Mientras hablaba, él le tomó la mano y se la besó. Aquel gesto la conmovió de una manera insoportable.

—No —murmuró—. Por favor.

Katch la miró a los ojos durante un largo instante, y después la soltó.

—Te deseaba, te necesitaba, y estaba furioso contigo por ello. Nunca he querido hacerte daño, Meg, ni asustarte.

Megan permaneció inmóvil. Percibía el caos que él tenía por dentro. La luz del fuego jugueteaba sobre sus brazos y su espalda.

—Me parecía imposible estar involucrado en una situación de un modo tan intenso que no pudiera alejarme —continuó Katch—. Pero tú estabas tan enredada en mi pensamiento y en mis sueños, que no podía escapar. La otra noche, después de dejarte en casa, por fin reconocí que no quiero escapar. Esta vez no. De ti no.

Se quedó callado y volvió a mirarla fijamente.

—Tengo algo para ti, pero primero quiero que sepas que había decidido no comprar el parque hasta que tu abuelo vino a verme anoche. No quería que eso se interpusiera entre nosotros, pero es lo que él quiere, lo que cree que es mejor para vosotros dos. Pero si te hace daño, romperé el documento.

—No —dijo Megan con un suspiro de cansancio—. Yo también sé que es lo mejor. Pero es igual que perder a alguien a quien quieres. Aunque sepas que es lo mejor, hace daño —aquella admisión aplacó milagrosamente los miedos y el dolor, y Megan continuó—: Por favor, no quiero que te disculpes. Me equivoqué viniendo aquí de esta manera, gritándote. Pop tiene todo el

derecho a vender el parque, y tú tienes todo el derecho a comprarlo. Supongo que me sentí traicionada, de alguna manera, y no quería pensarlo.

—¿Y ahora?

—Ahora me siento avergonzada por haberme comportado como una idiota —admitió ella con una sonrisa—. Me gustaría levantarme y marcharme a casa. Pop estará preocupado.

—Todavía no.

Katch se incorporó y se sacó algo del bolsillo, y Megan se sentó en el suelo, apartándose el pelo mojado y enredado de los hombros. Él le mostró una cajita pequeña, y titubeó antes de ofrecérsela. Megan, desconcertada por el regalo, y por la tensión que percibía en él, abrió la caja. Entonces se quedó sin aliento.

Era una esmeralda oscura, de talla cuadrada, sencilla y exquisita. Megan se quedó mirándola sin saber qué decir. Después miró a Katch, agitando la cabeza.

—Katch —dijo—. No lo entiendo... No puedo aceptar esto.

—No digas que no, Meg —respondió él, y cerró la mano alrededor de la de ella—. No me sientan muy bien los rechazos —dijo. Su tono era ligero, pero ella reconoció la tensión de su voz. Entonces, se echó a temblar.

Intentó calmarse y lo miró con fijeza.

—No sé qué quieres pedirme.

Él le apretó la mano.

—Cásate conmigo. Te quiero.

Las emociones se apoderaron de ella. Pensó rápidamente que él le estaba tomando el pelo, pero no vio ni rastro de burla en sus ojos. Katch tenía una expresión seria, y sus palabras habían sido muy claras. ¿Dónde estaban las frases ingeniosas y el encanto? Megan se puso en pie, temblando, con la caja en la mano. Necesitaba pensar.

Matrimonio. Ella nunca hubiera esperado que Katch le pidiera que compartiera su vida con él. ¿Cómo sería la vida a su lado? Como la montaña rusa. Lo supo al instante. Sería un viaje rápido, fabuloso, lleno de curvas inesperadas y emociones indescriptibles. Y también de momentos llenos de calma, preciosos, solitarios.

Tal vez Katch se lo hubiera pedido así, con tanta sencillez, sin ninguno de los detalles que podría haber conseguido con tanta facilidad, porque se sentía tan vulnerable como ella. ¡Qué idea, aquélla! Se puso los dedos en las sienes. David Katcherton, vulnerable. Y, sin embargo... Megan recordó lo que había visto en sus ojos.

«Te quiero». Aquellas palabras sencillas, que miles de personas decían a diario en miles de sitios diferentes, habían cambiado su vida para siempre. Megan se dio la vuelta y se arrodilló a su lado. Lo miró con gravedad, y habló rápidamente, con un deje de desesperación.

—Me lo pondré en el dedo anular de la mano izquierda.

Al instante, él la abrazó.

—Oh, Meg... —murmuró, mientras le cubría la cara de besos—. Creía que ibas a rechazarme.

—¿Cómo podría hacer algo así? —le preguntó, rodeándole el cuello con los brazos—. Te quiero —le dijo contra los labios—. Te amo desesperadamente, completamente. Me estaba preparando para morir lentamente cuando tú te marcharas.

—Nadie se va a marchar —afirmó él.

Se tumbaron de nuevo en el suelo, y él escondió la cara entre su pelo.

—Iremos a Nueva Orleans. Tendremos una luna de miel rápida antes de que tengas que ponerte a trabajar para la exposición. Y en primavera iremos a París —le dijo. Después alzó la cara y la miró—. He pensado en ti y en mí, juntos en París, haciendo el amor. Quiero ver tu cara por la mañana, con la luz tenue.

Ella le acarició la mejilla.

—Pronto —le susurró—. Cásate pronto conmigo. Quiero estar contigo.

Él recogió la cajita, que se había caído entre ellos dos. Sacó el anillo y se lo puso en el dedo. Después le tomó la mano y dijo:

—Considéralo hecho, Megan. Ya no puedes alejarte de mí.

—No voy a ir a ninguna parte —respondió ella. Entonces, alzó la cara y lo besó.

Epílogo

Megan hizo girar la esmeralda alrededor del dedo, nerviosamente, e intentó tomar un sorbito de la copa de champán que le había dado Jessica. Era como si se le hubiera quedado la sonrisa congelada en la cara. Había muchísima gente, y ella no se lo esperaba. ¿Qué estaba haciendo allí, en medio de una galería de arte de Manhattan, haciéndose pasar por artista? Lo que de verdad quería era esconderse en la habitación de atrás y vomitar.

—Vamos, Meg —le dijo Pop, que se acercó a ella, con un aspecto muy distinguido. Llevaba su mejor traje negro, y el único que tenía—. Deberías probar una de estas cosas tan ricas —comentó, mostrándole un canapé.

—No. No, gracias —respondió ella, con un nudo en el estómago—. Me alegro tanto de que hayas venido a pasar el fin de semana...

—¿Es que creías que iba a perderme la gran noche de mi nieta? —preguntó él. Se comió el canapé y sonrió—. ¿Cómo te sientes?

—Como una impostora —murmuró Megan, sonriendo animosamente, al ver que un hombre pasaba por delante de ella para estudiar una de sus esculturas de mármol.

—Nunca te había visto tan guapa —le dijo Pop, tirándole con suavidad de la manga de su vestido de seda multicolor—. Salvo en tu boda, tal vez.

—Entonces no estaba ni la mitad de asustada —respondió ella, y miró a su alrededor—. ¿Dónde está Katch?

—La última vez que lo vi lo tenían rodeado unas cuantas personas muy elegantes. ¿No ha dicho Jessica que tenías que mezclarte con la gente?

—Sí, pero no puedo moverme.

—Vamos, vamos, Meg. No sabía que fueras una gallina.

Ella abrió la boca para protestar, pero su abuelo se alejó antes de que tuviera oportunidad de hacerlo. «Gallina», repitió en silencio. Irguió los hombros y tomó un poco de champán. Bien, no iba a quedarse escondida en un rincón. Si tenían que destrozarla, se enfrentaría a la situación. Comenzó a caminar lentamente, pero con determinación, hacia el bufé.

—Es usted la escultora, ¿verdad?

Megan se volvió y se encontró con una llamativa anciana, vestida de seda negra y con diamantes.

—Sí —dijo—. Soy yo.

—Ummm —dijo la señora—. Me he dado cuenta de que la escultura de la niña con el castillo de arena no está a la venta.

—No. Es de mi marido.

Después de dos meses, aquellas palabras todavía le provocaban una calidez familiar en la sangre. «Katch, mi marido». Megan volvió a mirar por toda la sala para encontrarlo.

—Es una pena —comentó la señora.

—¿Disculpe?

—He dicho que es una pena. La quería.

—¿Usted... ? —Megan la miró con estupefacción—. ¿La quería?

—He comprado *Los amantes* —continuó la señora, porque Megan se había quedado muda—.

Es una pieza excelente, pero quisiera encargarle otro castillo de arena. Me pondré en contacto con usted por medio de Jessica.

—Sí, por supuesto —¿un encargo? Megan se quedó aturdida, y automáticamente le tendió la mano a la mujer—. Gracias.

La señora se alejó.

—Miriam Tailor Marcus —le susurró alguien al oído—. Un hueso duro de roer.

Megan se volvió y se aferró al brazo de Katch.

—Katch, esa mujer me...

—Miriam Tailor Marcus —repitió él, y se inclinó para darle un beso—. Y lo he oído. Acabo de aceptar, modestamente, la enhorabuena por mi contribución al mundo del arte —dijo, e hizo chocar su copa con la de Megan—. Felicidades, amor mío.

—¿Les gusta mi trabajo? —susurró Megan.

—Si no hubieras estado tan ocupada haciéndote la invisible, sabrías que has tenido un gran éxito. Ven a dar una vuelta conmigo —le dijo Katch, y la tomó de la mano—. Y mira todos los puntitos azules que hay bajo tus esculturas. Significan que se han vendido.

—¿Las están comprando? —preguntó Megan, y se rió de incredulidad—. ¿Las están comprando de verdad?

—Jessica está frenética intentando calmar a la gente. Ha habido tres personas que han intentado adquirir la figura de alabastro que ella te compró a ti, y al doble de lo que tú se la vendiste. Y, si no hablas con un par de críticos de arte rápidamente, se va a volver loca.

—No puedo creerlo.

—Pues créelo —dijo Katch, y le besó el dorso de la mano—. Estoy muy orgulloso de ti, Megan.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Tengo que salir de aquí un minuto —susurró—. Por favor.

Sin decir una palabra, Katch la guió por entre la multitud y se la llevó a una habitación usada como almacén. Cerró la puerta y se volvió hacia Megan.

—Esto es una tontería —dijo ella al instante, y las lágrimas comenzaron a caerle por las mejillas—. Soy idiota. Está sucediendo todo lo que yo había soñado, y estoy llorando en un almacén. Habría asimilado mejor un fracaso.

—Megan —dijo él, riéndose, y la abrazó—. Te quiero.

—No me parece real —respondió ella con la voz trémula—. No sólo la exposición, sino todo lo demás. Cuando veo tu anillo en mi dedo, me pregunto cuándo voy a despertarme. No puedo creerme que...

Él la hizo callar con un beso. Y ella, con un suspiro suave, se derritió contra él. Incluso después de los días de su matrimonio, y de las noches íntimas, él todavía podía volverla maleable con tan sólo los labios. Las lágrimas se secaron, y la sangre comenzó a hervirle en las venas. Lo estrechó contra sí y le acarició la cara y el pelo.

—Es real —murmuró Katch—. Créetelo. Son reales todas las noches que pasas en mis brazos, y todas las mañanas, cuando te despiertas y sigues allí —le dijo, y le besó las mejillas húmedas, hasta que ella abrió los ojos—. Esta noche voy a hacer el amor con la nueva estrella del mundo del arte de Nueva York. Y cuando todavía estés deleitándote con las críticas de los periódicos de mañana, volveré a hacerte el amor.

—¿Cuándo podemos irnos?

Él se rió y volvió a besarla.

—No me tientes. Jessica nos mataría si no nos quedáramos hasta que cierre la galería. Ahora arréglate la cara y salgamos de aquí, para que puedas disfrutar de la admiración que has suscitado. Es bueno para el alma.

—Katch —dijo Megan, y lo detuvo antes de que pudiera abrir la puerta—. Hay una pieza que no he sacado a la exposición de esta noche.

Él arqueó una ceja con curiosidad.

—¿De veras?

—Sí, bueno... —Megan se ruborizó un poco—: Tenía miedo de que las cosas no salieran bien, pero pensaba que podía asimilar las malas críticas. Sin embargo, con esta pieza... sabía que no iba a poder soportar que me dijeran que era un intento de aficionado.

Él se quedó desconcertado, y se metió las manos en los bolsillos.

—¿La he visto yo?

—No. Quería dártela como regalo de boda, pero todo sucedió tan rápidamente que no tuve tiempo de terminarla. Después de todo —añadió con una sonrisa—, sólo estuvimos comprometidos durante tres días.

—Dos días más de lo que habríamos estado si hubieras aceptado ir a Las Vegas —señaló él—. Tuve mucha paciencia.

—Bueno, de todos modos no tuve tiempo para terminar la pieza. Y después estaba tan nerviosa con la exposición que no pude dártela —explicó ella, y respiró profundamente—. Me gustaría dártela esta noche, cuando me siento... como una artista de verdad.

—¿Está aquí?

Megan se dio la vuelta hacia una estantería en la que había un busto cubierto con una tela. Sin decir nada, la tomó y se la entregó a Katch. Katch quitó la tela y se quedó mirando su propio rostro.

Megan había pulido la madera muy ligeramente, porque quería que la talla conservara el aura no del todo civilizada que percibía en el modelo. Tenía su arrogancia, su seguridad y la calidez que la artista había percibido en él antes que la mujer. Él se quedó mirándola durante tanto tiempo que ella se puso nerviosa. Después, Katch alzó la vista, con los ojos oscuros, con una mirada intensa.

—Meg.

—No quiero sacarla a la exposición —dijo ella apresuradamente—. Es demasiado personal para mí. Algunas veces, cuando estaba trabajando en el modelo de arcilla, quería romperlo —explicó, y con una carcajada ahogada, puso el busto sobre una mesa pequeña—. No pude. Cuando comencé, me dije que el único motivo por el que no dejaba de pensar en ti era porque tenías el tipo de cara que yo quería esculpir. Me enamoré de ti sentada en el estudio, mientras mis manos estaban formando tu rostro.

Dio un paso adelante y comenzó a acariciar, con delicadeza, la estructura ósea que había bajo la carne.

—Pensaba que no podía quererte más que entonces. Me equivocaba.

—Megan —dijo Katch. Le atrapó las manos y se las besó—. Me has dejado sin habla.

—Sólo tienes que quererme.

—Siempre te querré.

—Eso será suficiente —dijo Megan con un suspiro, mientras apoyaba la cabeza en su hombro

—. Y creo que podré enfrentarme al éxito sabiéndolo.

Katch le pasó el brazo por la cintura, y abrió la puerta.

—Vamos a tomar un poco de champán. Esta es una noche de celebraciones.

* * *

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

NORA ROBERTS

Seudónimo de Eleanor Wilder.

También escribe con el pseudónimo de J.D. Robb



Eleanor Mari Robertson Smith Wilder nació el 10 de Octubre de 1950 en Silver-Spring, condado de Montgomery, estado de Maryland. En su familia, el amor por la literatura siempre estuvo presente. En 1979, durante un temporal de nieve que la dejó aislada una semana junto a sus hijos, decidió coger una de las muchas historias que bullían en su cabeza y comenzó a escribirla... Así nació su primer libro: Fuego irlandés.

Está clasificada como una de las mejores escritoras de novela romántica del mundo. Ha recibido varios premios RITA y es miembro de Mystery Writers of America y del Crime League of America. Todas las novelas que publica encabezan sistemáticamente las listas de los libros más vendidos en Estados Unidos, Gran Bretaña y Alemania. Como señaló la revista Kirkus Reviews, «la novela romántica con intriga no morirá mientras Nora Roberts, su autora megaventas, siga escribiendo». Doscientos ochenta millones de ejemplares impresos de toda su obra en el mundo avalan su maestría.

Nora es la única chica de una familia con 4 hijos varones, y en casa Nora sólo ha tenido niños, por describe habilmente el carácter de los protagonistas masculinos de sus novelas. Actualmente, Nora Roberts reside en Maryland en compañía de su segundo marido.

SUEÑOS HECHOS REALIDAD

David Katcheron, un hombre atrevido, seguro de sí mismo y arrogante, entró en la vida de Megan Miller y le removió sentimientos que habían permanecido aletargados. Megan no quería tener nada que ver con Katch, y menos después de saber que él quería comprar el negocio de su querido abuelo, pero Katch era un hombre que nunca aceptaba un no por respuesta. Y había fijado sus miras en Megan.

Megan no estaba dispuesta a enamorarse de aquel extraño tan irritante y tan irresistible que se había entrometido en su vida. Sin embargo, Katch era más complejo de lo que ella había imaginado, y mientras la desafiaba a que se atreviera a hacer realidad sus sueños, también despertaba en ella pasiones desconocidas. Megan no sabía cuál de las cosas le daba más miedo...

* * *

GÉNERO: Romance Contemporáneo
Título original: *Less of a stranger*
Traducido por: María del Carmen Perea Peña

Editor original: Silhouette Romance, 06/1984

Editorial: Harlequín Ibérica, 02/2011

Colección: Top Novel 109

Historia incluida en el dueto *Vuelta a casa*

ISBN: 978-84-671-9687-0